



EL
CARDÓ
DE
BRONCE

CUADERNOS DE POESIA Y PENSAMIENTO

TOMELLOSO

EL CARDO DE BRONCE



Cuadernos de Poesía y Pensamiento al cuidado de Tomás Casero Becerra, Leopoldo Lozano, Manuel Moreno y José Vicente Galera.

Director: Valentín Arteaga, Ardemán, 30,
Tel. (91) 726-24-22, 28080 MADRID.-

Redacción y Administración: Ciudad Real, 29,
Tel. (926) 51-10-84, 13700 TOMELLOSO (Ciudad Real).

2ª. época, año IX, nº. XXI, diciembre de 1994, Depósito Legal, Ciudad Real, 832/85.

Imprenta Provincial, Ciudad Real



FIESTA
DE
LAS
LETRAS

PREMIO
"ELADIO CABAÑERO"

JUSTIFICACIÓN





Al cumplirse en este año 1.994 el cincuenta aniversario de la creación del certamen literario "Fiesta de las Letras", "El Cardo de Bronce" ha querido recopilar, para su publicación, los premios más significativos del certamen, es decir, "Flor Natural" o "José Antonio Torres", "Francisco García Pavón" y "Eladio Cabañero", los cuales verán la luz en tres números diferentes.

La primera edición de este certamen (que fue convocado y organizado por la Delegación Local de la Vicesecretaría de Educación Popular y la de Cultura y Arte de la Obra Sindical de Educación y Descanso, bajo el patrocinio del Excm^o. Ayuntamiento) tuvo lugar en el mes de septiembre de 1.944, y aún cuando esa primera experiencia obtuvo un gran éxito, la segunda edición no volvió a convocarse hasta el año 1.951, y así siguió hasta 1.956, ya que en 1.957 dejó de celebrarse, reanudándose nuevamente al año siguiente, 1.958, y así ha seguido ininterrumpidamente hasta nuestros días.

No ha sido fácil la localización de los trabajos a publicar (que no son todos los galardonados con los premios a que hacemos referencia) ya que en los archivos municipales solo se conservan las actas y trabajos premiados apartir de 1.987.

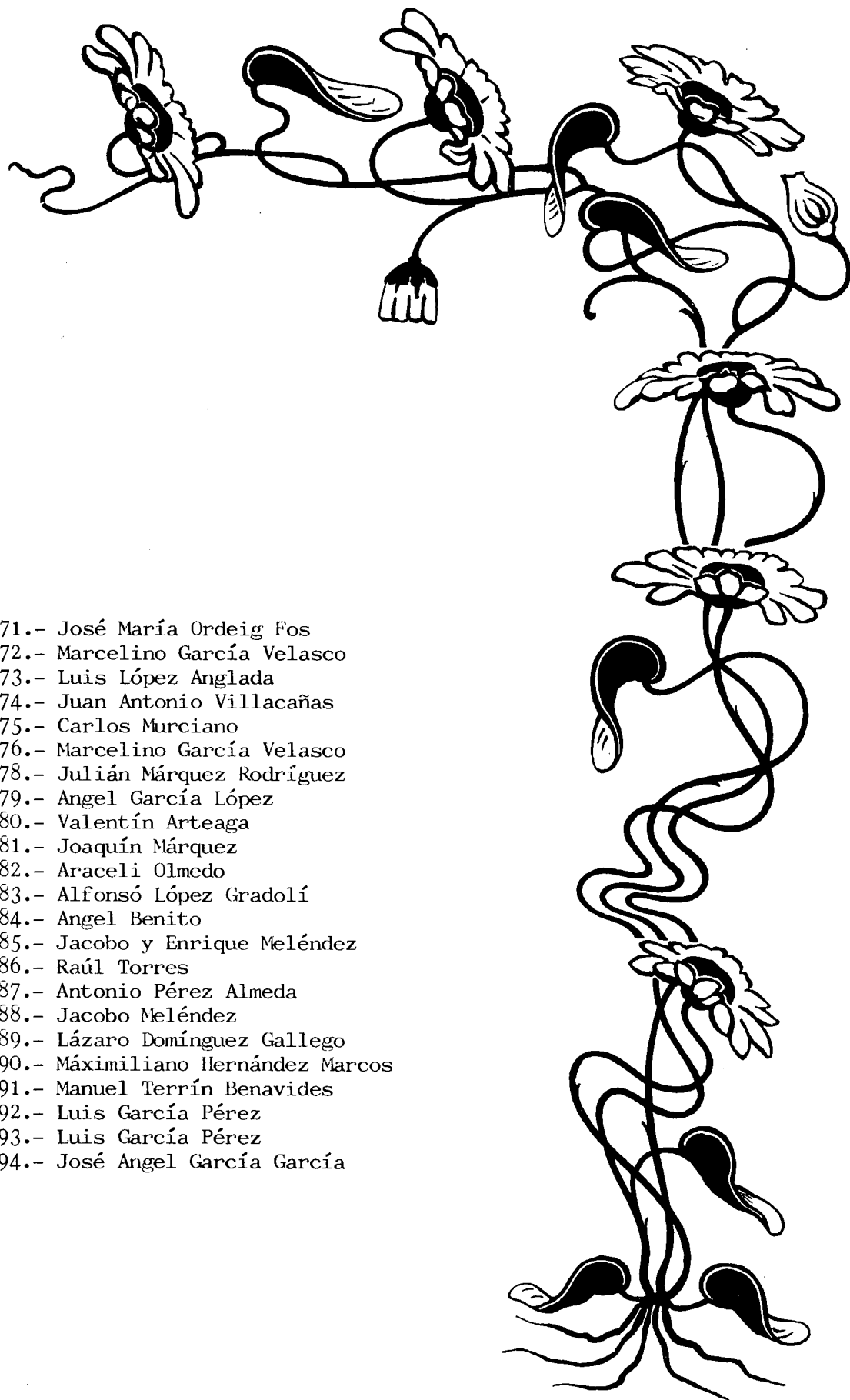
La localización de los trabajos que obran en nuestro poder ha sido posible gracias a la ayuda recibida del personal de la Casa Municipal de Cultura que nos prestó su apoyo en la consulta de los distintos programas de fiestas y en los periódicos locales "Pasos" y "Cuadernos Manchegos", quienes en su día se ocuparon de la publicación de algunos trabajos. También a particulares como Angel Jimenez. A todos ellos nuestra gratitud por su colaboración.

El premio "Eladio Cabañero" con el cual abrimos la serie de publicaciones dedicadas a este evento, fue constituido en el año 1.971. Anteriormente (según se desprende de la documentación consultada) se denominaba premio Excm^o. Ayuntamiento "Tema Manchego". En este número publicamos todos los concedidos hasta hoy, a excepción del correspondiente al año 1.977, que no ha sido localizado entre los premiados en esa edición.



COLABORAR





- 1.971.- José María Ordeig Fos
- 1.972.- Marcelino García Velasco
- 1.973.- Luis López Anglada
- 1.974.- Juan Antonio Villacañas
- 1.975.- Carlos Murciano
- 1.976.- Marcelino García Velasco
- 1.978.- Julián Márquez Rodríguez
- 1.979.- Angel García López
- 1.980.- Valentín Arteaga
- 1.981.- Joaquín Márquez
- 1.982.- Araceli Olmedo
- 1.983.- Alfonsó López Gradolí
- 1.984.- Angel Benito
- 1.985.- Jacobo y Enrique Meléndez
- 1.986.- Raúl Torres
- 1.987.- Antonio Pérez Almeda
- 1.988.- Jacobo Meléndez
- 1.989.- Lázaro Domínguez Gallego
- 1.990.- Máximiliano Hernández Marcos
- 1.991.- Manuel Terrín Benavides
- 1.992.- Luis García Pérez
- 1.993.- Luis García Pérez
- 1.994.- José Angel García García

LOS SILENCIOS DE LA MANCHA

Año 1.971



ilencio reposado hasta lo eterno...
Silencio y longitudes,
y surcos como rayas de un cuaderno...
Acopio de virtud y de virtudes
de tierra a cielo sin intermediario.
No habrá vocabulario
más rico en esperanzas siderales;
no habrá más entereza y fe más ciega;
no habrá senderos más universales
que esta singular tierra manchega.
Universal, porque en el orbe todo
-de superfluos adornos despojados-
los paisajes no nacen de otro modo
que del cielo y la tierra emparejados.
Paisajes de belleza descarnada
que esconden un arcano
de promisión, de dicha desplazada
más allá de cualquier criterio humano.
Universal, porque de siempre el hombre
quiso abarcar con su mirada el cielo
como se abarca desde nuestro suelo,
sin que su omnipresencia nos asombre.
Universal también, porque se aprende
por sus caminos con final de nube
que más lejos hay algo a lo que atiende
el alma inquieta que al futuro sube.
Universal, en fin, porque salieron
de sus campos de luz, de sus abrojos,
las divinas locuras que supieron
abrir al infinito nuestros ojos.
Silencio reposado en la llanura...
Silencio y romerales...
Llanura que se nutre y se satura
de rutas ideales.
Llanura de amapolas y triguales,
de almácigos floridos,
de verdes suavemente diluídos;

de augustos encinares,
reducto de verdades seculares;
de mínimos alcores
sobre mares de vívidos colores.
Llanura de sarmientos,
de viñedos abiertos a los vientos...
Silencio reposado en el camino,
y en el almiar -lejano promontorio-;
silencio giratorio
en las sagradas aspas del molino.
Silencio concentrado
en los vinos espesos y sanguinos,
en el aire finísimo y helado,
en las ventas de rostros blanquecinos.
Silencio concentrado
en rastros, perdices y tomillos,
en los flagrantes tonos amarillos
del campo quemado.
En los azafranales,
en las tardes de otoño soleadas
y en las reconditeces recatadas
que guardan los silvestres matorrales.
Silencio de pastores,
silencio de rebaños y majadas,
de barbechos y tierras sosegadas;
de remotos y mágicos temblores,
de diablos y ocultos caramillos
que en boca de zagales y chiquillos
tejen silencios con albor de amores.
Silencio de curtidos campesinos
de boína, de refajo y de cayado,
empapados de sol.
En sus almas silencio resignado
a todos los destinos,
con la esencia mejor de lo español.
Y silencio en los pueblos apegados
al terruño reseco,
con todos sus sentidos enraizados
en la tierra dormida y en el eco
de las germinaciones,
que operan en su seno
el milagro viejísimo y sereno
de su brote, cual rotas ilusiones
del alma más estéril y más pobre.
Y cada pueblo sabe que el rocío
no caerá siempre en el campal vacío,
y la llanura de fulgor de cobre
verdecerá como marina viva,
y hará la brisa, en sus penachos, olas;
y otra vez volverán las amapolas
a deshojar su risa sensitiva.

Reposado silencio, como leve
aletear de leve mariposa;
al fondo, el caserío sólo es nieve
que refresca el paisaje. Cada cosa
está lejana y próxima a la vez;
se mira en derredor, se pierde el cielo
de confín a confín.
De apurar la existencia hasta la hez
hay un dolido anhelo.
Y sólo es el principio, que no el fin.

José M^a. ORDEIG FOS



ELEGIA PARA EL MAESTRO JUAN ALCAIDE

(Desde una escuela de España)

Año 1.972



an sólo por amor los niños cantan
desde el redondo cuanco plano y mudo
de las plazas. Son silvos que levantan

heridas, luz al viento más desnudo;
semillas con que hacer del alba viva
canción en cada boca. Lo que pudo

granar en duermevela, en fugitiva
cosecha de alegrías, es aliento
de amor, más nunca aliento a la deriva.

Escucha, Juan, cómo torbela un viento
de bocas infantiles, cómo sueña
la voz de una canción, un pensamiento

donde dejar la pena en la pequeña
ceniza del recuerdo sepultada.
Aunque es de noche vale el santo y seña

de esos amores de tu voz llorada.
Vámonos, Juan, manchego secarral,
del brazo, a recorrer la amortajada

tierra de España, el polvo funeral
que oculta la vejez de los caminos.
Vámonos, Juan, manchega luz caudal,

a dar al viento coplas, campesinos
suspiros salvadores, dulces mieles
de tu garganta tierna, peregrinos

deseos del amor con que nos dueles.
Vámonos, Juan, a despertar auroras,
y sólo por amor, como donceles

hechos para endulzar las torvas horas
de esta pena zumbel, las blancas cuentas
de la pizarra oscura donde lloras.

En el pupitre, los cuadernos: lentas
gotas de un lagrimal que me encarama
al hielo de tu muerte. Son tormentas

de luz que se me van de rama en rama
al árbol del recuerdo a ver contigo
crecer la primavera.

La retama

del monte, la sonora voz del trigo
le dieron volanderos silbos de oro
a tu corazón albar, al eco amigo

de amor. Escucha cómo en alma lloro,
cómo lloramos todos, compañero,
cuando nos sube al pecho aquel sonoro

viento que nos dejó tu muerte. Quiero
tenerte aquí, clavado en el trabajo
de sacarle alegría al lapicero

mientras van nuestros llantos vida abajo.
Todavía nos vives desde el fuerte
recuerdo de tu voz caliente, bajo

la tierra funeral de España. Muerte
creció por tu cintura cuando estaba
alto tu pecho en paz para saberte

doncel de sus fulgores. ¿Dónde acaba
el alba, Juan, dónde culmina el viento,
en qué rincón del alma se nos graba

la pena? Dilo tú, que en el tormento
de este vivir sólo albergaste penas
y viento y luz...

Se escapa el pensamiento

buscando por el mar altas almenas
donde esconder tu aliento cercenado.
Escucha, Juan, cómo nos suben llenas

de amor las voces de los niños -prado
tierno de España siempre viva- cómo
dicen de paz y cómo bienalado

mañana se merecen. Aquí tomo
conciencia de tu muerte y de estas voces
que hermocean la tierra a que me asomo;

tu Mancha, Juan Alcaide, la de atroces
silencios y aventuras. Las levanto
hasta ti solamente porque goces

su frescura, la savia de su canto.
Esta gavilla, Juan, qué bien podría
valer una esperanza y no un mal llanto.

Y sólo por amor, como quería
tu corazón que hiciéramos las cosas.
Tan sólo por amor la voz bravía

de los niños de España canta airosas
canciones de futuro. Son caudales
de amor a contramuerte abiertas rosas

para que no nos duelan tus señales.
De tanta soledad sólo consuela
saber que cantas por los choperales

del cielo y la amargura se desvela.
Que siempre serán jueves tus deseos,
dulces tardes de jueves sin escuela
para jugar con Dios en los recreos.

Marcelino GARCIA VELASCO



DECIMAS MANCHEGAS PARA ELADIO CABAÑERO

Año 1.973



lto molino pensante
que el viento trajo a la corte.
Manchego de planta y porte.
Sancho bueno, loco andante.
De este que digo es bastante
verle pasar desdeñoso,
varal de campo fragoso,
amigo del aspaviento,
para conocerle el tiento
que le bebió a Tomelloso.

Poeta, ¿Quién le diría
a la viña que él podaba
que el zagal que la cortaba
vendimiaba poesía?
Metafórico venía
desde la escuela al majuelo.
Candorro de tanto anhelo
que la alelaba la poda
poniendo el verso de moda
entre el racimo y el cielo.

Dicen que albañileaba
y entre la llana y el yeso
el andamio era congreso
donde Don Eladio oraba.
Isidro nuevo, olvidaba
la plomada y el nivel
y se agarraba a un papel
mientras llegaban a miles
arcángeles albañiles
para trabajar por él.

Soldados cuando Dios quiso,
perfumaban su guerrera
aliagas de Ruidera
le llegaban de improviso.
Clausuró su compromiso

y quedó la compañía
sin comprender quién podría
ser el zagalón manchego
que entre las armas del fuego
armaba la poesía.

Le entró un airón cortesano
y se vino a los madriles
con el pañuelo en la mano.
Afinó lo ciudadano,
trabajó, se hizo famoso,
y este Madrid anchuroso
que atodos nos desquijara
se le dió como una maja
prendada de Tomelloso.

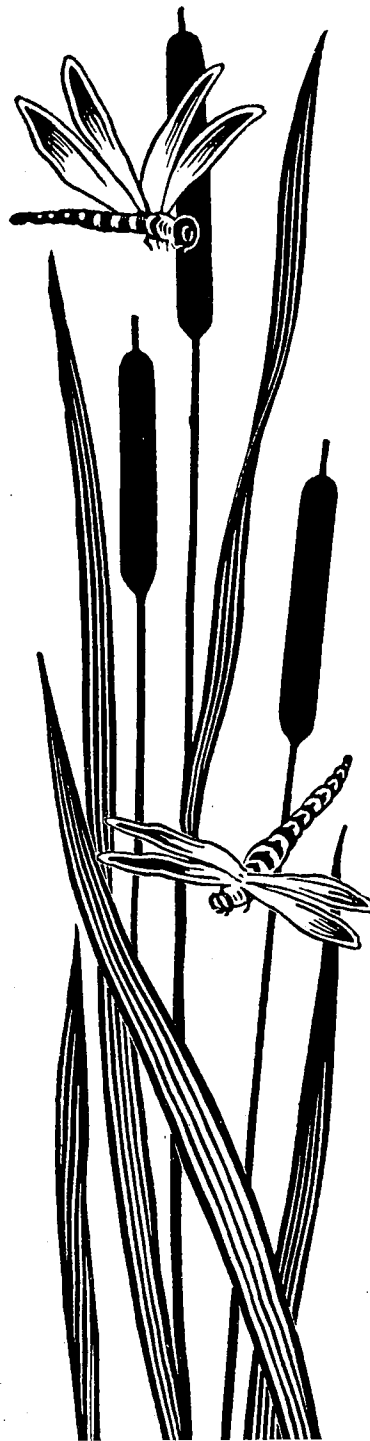
El vino de los alcoholes
quedó a sus rimas sujeto.
Vivió soneto a soneto
sus afanes españoles.
La Mancha dejó sus soles
en la anchura de su sueño
y, porque es pobre, es el dueño
de sí mismo y su tesoro
gastando el oro y el moro
de su campo madrileño.

Los pintores, con la ciencia
que les da su alma de artista,
le prepararon la pista
de luz de su adolescencia.
De Carretero a Palencia,
de López Torres al cielo.
Y Eladio bebiendo el vuelo
de tanta gloria en volandas
como quien lleva las andas
y sigue pegado al suelo.

Le enseñó García Pavón
lo del pálpito y sucede
que no hay pista que no quede
pintada en su corazón.
Cervantes, desde el Casón
donde está su gloria, ve
lo que trae de buena fe;
que es llamar a Dios de tú,
y no meterse en dibú-
ni en saber vidas ajé-.

Zagal, manchego, famoso,
candorro, corto de vista,
disimulando lo artista
a fuerza de bondadoso.
Estatua que en Tomelloso,
en un tiempo venidero,
se alzará con un letrero
donde se explique al que quiera:
;Madre, que gran poeta era
Don Eladio Cabañero!

Luis LOPEZ ANGLADA



LA MANCHA RECIBIDA

Año 1.974



sde el profundo campo de mi casa
abro el balcón del sol hacia las viñas.
La siesta está, los niños y las niñas,
los olivos y el tiempo quietos; pasa
a ras de tierra el hombre. El campo abrasa
la eternidad que ronda. Y tú me guiñas
el ojo del amor, tierra, y apiñas
el sudor y la sed mientras se amasa
tu harina en la canción. Y está el camino
hecho surcos, tendido en los barbechos,
sobre el lagar y el aire en el molino.

La Mancha en ti, mujer, tierra, en tus pechos
aderezados con el pan y el vino,
están los trigos altos y derechos.

Y por eso te busco a ti, manchega,
busco tu corazón y tu blancura.
Busco tu voz y estrecho tu cintura
de madrigal, y el viento me la entrega.

Luego te dejo ir, ángel que ciega
con la blancura de su dentadura;
luego te dejo ir con la hermosura
por ese vino manso en la bodega.

Y por eso te busco, brava y mía,
en la canción rabiosa de los vientos,
en los milagros de la Poesía.

Porque en la Mancha estoy como en los cuentos
que se van realizando cada día,
Dulcinea, en tus labios cenicientos.

Para encontrarte voy a abrir las fuentes
más anchas y profundas de La Mancha,
de esta Mancha que toco, y no es tan ancha
porque caben tus pies donde la sientes.

Angela molinera entre tus gentes,
luz que se curva y juega y que se engancha
en el espino y en la flor, y ensancha
los ojos del amor y de los puentes.

Que el hombre está contigo en vino. Y queso
es tiempo y corazón. Y labrantío
es lo que ve mi sombra o yo atravieso.

Angela a quien yo mismo desafío,
con mi canción, a amar, y siento el peso
de su estremecimiento sobre el mío.

La vida está, la vida como entera,
tu vida campesina y ciudadana.
Que ers la uva en el cantar, manzana
prohibida en tu árbol, molinera.

Mancha en el Sol amante, sementera,
himno de la ternura castellana.
Mujer entre la noche y la mañana,
tendida y derramada primavera.

Manchega levantada en la sonora
mano del horizonte azul manchego
y en la amarilla cumbre de la aurora.

Campo a través del corazón, sosiego
que se va deshojando, sembradora
libertad de La Mancha y de su fuego.

Pero también de lluvia estás mojada.
Estás dentro del agua y del verano
que se hace aliento de la tierra y mano
mágica que nos toca en la mirada.

Estás, mujer, al surco amartelada,
al hombre del trigal, y en cada grano
vuelcas tu amor distinto y castellano,
una Mancha distinta e inventada.

Arbol de la ciudad que nos ahonda
con sus raíces y sus emociones.
Campo que sale al campo, cal que ronda
como las sombras y las ilusiones.
Mancha al espejo maternal, y fronda,
canción que alumbra lluvia en los terrones.

Imagen que ha crecido en el sembrado
con la misma ansiedad que la amapola.
Estribación o surco y caracola
tornasolada al borde del arado.

Sobre la Mancha el sol está parado,
sobre tu tallo, flor, y en tu corola.
Sube la viña al olivar, la ola
vegetal de tu campo soleado.

Mujer que danza dentro del espejo,
blanco, amarillo y verde campo grande;
madre que ya ha alumbrado en su belleza.

Luz de cristal que manda en tu reflejo,
y que en los ojos de tu amor lo expande
más natural que la Naturaleza.

Juan Antonio VILLACAÑAS



SONETOS CAMINANDO ALREDEDOR DE TOMELLOSO

Año 1.975

I

CONTEMPLACION DE LA MANCHA

"Aquí elijo mi sitio, en esta anchura..."

E.C.



l racimo repica y campaneá.
la cardencha se ha puesto de rodillas.
Una mesa a la sombra, cuatro sillas.
El vino, toro y fiero, reburdea.

Al pie de una colina, el sol sesteá.
Se han enderezado aquí las dos Castillas,
en estas soledades amarillas,
y Dios contempla, ajeno, su pelea.

Pero no llegará la sangre al río
de la desesperanza. ¡Campo mío,
con el ayer royéndole la entraña!

Aquí elijo mi sitio, en esta anchura
donde es más dura y pura la llanura
y España todavía más España.

II

ATARDECIDA

"Me entrego a este paisaje enteramente..."

E.C.



e entrego a este paisaje enteramente.
Pasa descalzo, el aire molinero,
pero se arremolina en el sendero
el polvo secular. Nada se siente.

Nada se dice. Silenciosamente,
cava la tarde un pico de jilguero,
en tanto el pico fiel del jornalero
retorna sobre su hombro. Lentamente,

se van poniendo oscuros los terrones
y el verdear de la pampanería
estrena lutos, túmidas mortajas.

La cal se ha revestido sus crespones
y el vino hierve, brama y desvaría
en el vientre lustral de las tinajas.

III

DE AMOR Y ESPADA

"El pecho en ascua roja de la mancha..."

E.C.



El llano se estremece y se encandila
y, ave de vuelo cándido, se eleva
y en su plumón -en su canción- se lleva
hasta el azul el llanto de la esquila.

El llano es como un hombre que vacila
en una encrucijada: aquí la esteva,
y allí, la nube; aquí, la savia nueva,
y allí, el viejo raigón. La luz se afila

sobre estos yermos y estas soledades
donde la tierra dice sus verdades
y el corazón, blanco de Dios, se ensancha.

Y, ensanchando (de sancho, el escudero),
hiere de amor y espada el Caballero
el pecho en ascua roja de la Mancha.

IV

ANGELES VIÑEROS

"Al cielo van los ángeles viñeros..."

E.C.



Quién suena por la viña el caramillo?
¿Quién enciende los pámpanos, quién toca
el tamboril del gozo, quién provoca
el difícil clamor de la sencillo?

¿Qué mano, qué tijera, qué cuchillo
corta el claro racimo y lo coloca
en un lugar secreto de la boca,
en un lugar celeste y amarillo?

Al cielo van los ángeles viñeros
y vuelven otra vez a su faena,
hijos de la pedriza y de la grama.

Angeles pisadores de luceros,
que se embriagan de luz de luna llena
mientras el mosto bravo se derrama.

SE LLAMA PUEBLO

"Se llama Tomelloso aquel Tomillo..."

E.C.



e llama pueblo, gente noble, tierra
generosa, racimo soleado,
gigante con el pecho lastimado,
niño que al clavo del soñar se aferra.

Se llama paz de ayer, se llama guerra
de mañana, en un siempre remansado.
Corazón de Castilla, encastillado
en el dolor al que se le destierra.

Se llama abrirse paso cada día,
se llama fe, esperanza y alegría,
se llama trenca, troje, trigo y trillo.

Se llama ejemplo vivo aquella historia.
Se llama sed y Dios aquella noria.
Se llama Tomelloso aquel tomillo.

Carlos MURCIANO





ERDON, Antonio,
 por el tuteo y estas cosas rancias
 que escribo porque sí, como si ahora
 fuera agosto en Ciudad Real
 y en las paredes de mi cuarto
 colgase, igual que allí, la luz purísima,
 airosa, genital,
 manchegamente abierta, que le robas
 al agrio resplandor de tu llanura.

Allí estabas, menudo, humilde, pleno
 también, más alto que la luz:
 como tu luz de alto.
 Y allí me preguntaba, y me pregunto,
 por el milagro de los años
 que pasan sin tocarte más que el cuerpo.

Sobran las fechas en tus cuadros.
 Mil novecientos treinta y cuatro, mil
 novecientos cincuenta y ocho. Niños
 y llanuhra, amargor rabioso
 para empezar la vida.
 Nada ha cambiado. Otros son los niños.
 Eso es todo. Del mismo peso son
 las penas, el salobre cuajarón amarillo
 de la tristeza.
 Por los corros, sentados en la tierra,
 los niños viven su aventura inútil
 de ser niños, aprenden de la vida
 -ay, Dios y qué temprano- que el trabajo y el juego
 son distintos.

Perdón, Antonio, dime
 por qué a ese niño -tan sin tiempo en pie-
 le pesa tanto la terrible ropa de hombre
 que no puede jugar, y olvida el corro,
 mira sin ver, y piensa en hombre.
 Antonio, ese niño, ¿habrá crecido?
 ¿Será un hombre de vino y de tinaja,
 de golpones de sol y de fracaso?

Pero la luz siempre es testigo. Habría
 que mirar la llanura, el sol, los cardos
 en pie, los niños del rastrojo, el saco
 grande de la limosna consentida,
 el graznido cimbel de la impotencia
 para cargar a cuestras tanta pena,

tanta espiga perdida o desechada,
tan rica, sin embargo, en bienvenidas.

¿Quién dijo que en un cuadro no cabía
entera la llanura de la Mancha?
Si cabe un niño,
si cabe la ternura
azul de tu mirada,
mucho más limpia que las aguas del hontanar
terrero- ¿qué razón impedirá
a tu mano capaz el dominar
la tierra y ajustarla?

Ahora, en Tomelloso, Antonio, habrá,
posiblemente, un hombre junto a un carra
que, en la honda sartén de la esperanza,
prepare la comida del trabajo
mientras niños y olivos le sustentan.

Antonio, estoy pensando
que esas arrugas de tu rostro,
-tu rostro todo arrugas- no es verdad,
que es un disfraz de niño
para seguir sin tiempo,
varado en la aventura campesina
del vuelo de tu infancia.

Estoy pensando, Antonio, y te lo digo
muy bajo, y casi con rubor,
que todavía sigues siendo un niño
de campo y de llanura,
y por eso te viene tan grande la camisa
de hombre que te pones.
Un niño ya maduro en soles,
en tristezas de niños que te llaman
para jugar a juegos olvidados
y empiezas otra vez desde la luz
que está en tu mano y en tus ojos,
y te metes con ellos en el corro,
y miras, y te encuentras perdido sobre un tiempo
en que fue la llanura himno y salmo.

Nada ha cambiado, Antonio, aquella voz
sigue siendo tu voz. Y crece
en la llanura como un cardo,
testigo vertical de las renunciadas.

Marcelino GARCIA VELASCO



LA MANCHA EN SEIS INSOLITOS CAPITULOS
(Breve lección de Geografía e Historia)

Año 1.978

CAPITULO I

LIMITES



Limita al norte la región manchega
con los nítidos cielos de Castilla.
Bajo ese azul la tierra se arrodilla
para afirmar su condición labriega.

Al sur, la flor, el álamo y la vega,
la música y la copla hechas semillas:
Jaén, Granada, Córdoba, Sevilla...
Y un ancho mar que hasta su sed no llega.

Limita al este con la Huerta. Y siente
una nostalgia visceral y ardiente
al ver tanto azahar recién nacido.

Al oeste más agua. Y las serenas.
Y un Guadiana de fecundas venas
en su reducto artificial dormido.

CAPITULO II

SITUACION EXACTA. PAISAJE.
SUS PRINCIPALES CARACTERISTICAS.
IDIOSINCRASIA DE SUS HABITANTES.



a Mancha está en el centro verdadero de la paz y el amor. Esto se nota. Sobre el silencio de los campos flota un ángel labrador y cancionero.

En esta tierra en la que vivo y muero a caballo entre el triunfo y la derrota, no se conoce una esperanza rota ni un grano de ilusión sin su granero.

No todo es tierra aquí. Sé lo que digo: Hay torrentes de luz, mares de trigo, montañas de honradez, lluvia de soles...

El alma se nos va de entre las manos, que, por manchegos y por castellanos, aquí somos dos veces españoles.

CAPITULO III

SUPERFICIE



illones de kilómetros cuadrados
suelen tener aquí los corazones:
entre fatigas y renunciaciones,
alcanzan límites insospechados.

Sacrificio y amor por todos lados,
un júbilo de inmensas proporciones.
Y una locura con cien mil razones
para estar de su tierra enamorados.

En esta paz inacabable y ancha,
la superficie exacta de la Mancha
la da el amor diario, la fe viva

de estos hombres ilustres y abnegados
que nunca se darán por derrotados,
aunque vaya su gozo a la deriva.

CAPITULO IV

RIQUEZA



La Mancha es rica en luminosidades
-el sol anda por todos los caminos-,
acaudalada en pájaros y trinos
y multimillonaria en humildades.

Mezclando sueños y realidades,
luces, sombras, gigantes y molinos,
vienen y van los nobles campesinos
de sus tristezas a sus soledades.

La riqueza mayor de nuestra tierra
es el amor, amor en pie de guerra
y en lucha desigual con los secanos.

Yacimientos de vinos y de panes,
minas de cal, viveros de azafranes
y un diluvio de callos en las manos.

CAPITULO V

VIAS FLUVIALES



odos nadamos contra la corriente,
que aquí los ríos son de otra manera:
el agua sueña una feraz ribera,
aunque siempre la sueña inutilmente.

La Mancha encuentra un río y, de repente,
descubre que ese río sólo era
el nacimiento de un amor cualquiera
transformado en sudor sobre la frente.

Los ríos tienen tan pequeño el paso,
es su caudal tan pobre y tan escaso,
que es un error denominarlos ríos.

Y es que aquí, los guardianas verdaderos,
son los sudores de los jornaleros
inventando sus propios regadíos.

CAPITULO VI

LECCION FINAL



quí no se da el hombre por vencido
mientras le quede una ilusión o un sueño,
que siempre habrá dispuesto un Clavileño
para que vuele el corazón herido.

Porque ha sabido amar, porque ha sabido
ser grande sin dejar de ser pequeño,
su voluntad se alarga en el empeño
de superar la pena y el olvido.

Que son olvido sin lugar a dudas
estas espaldas fuertes y desnudas
que están pidiendo comprensión a gritos.

Que se ganan el pan honradamente
con el sudor del alma y de la frente
cercados de silencios infinitos.

Julián MARQUEZ RODRIGUEZ



NUEVAS DEFINICIONES PARA AÑADIR A UN DICCIONARIO CON QUE MIRAR
LA MANCHA

Año 1.979



Como viven por dentro las cosas sobre el alma sólo vive un paisaje.
Volar es el oficio que los ojos aprenden al cruzar estos campos.
La Mancha abre a mis ojos la voz anaranjada con que grita la tarde.
Asombro soy que mira la cárdena llanura que hace amigo el ocaso.

La Mancha es una extensa planicie no conclusa regresada del eco.
Es un largo camino donde andar la hermosura y erigir una casa.
Su rostro pertenece al sol que se ejercita complaciendo a un espejo.
Es tierra que, tendida, se abraza a las pupilas del que mira y la
(ama.

Sólo el viento conoce cómo pudo este vientre alumbrar tanta espiga.
Vastedades de oro que ordenan direcciones confluyendo a las vides.
Detrás de lo mirado sólo está el horizonte con su olor a gavillas.
Sólo quien la contempla puede saber qué nubes escondieron sus límites.

La Mancha tiene ocultos diversos aposentos en un solo hospedaje.
Tallos y cerbatanas disparan sobre el día sus heráldicas verdes.
Oyéndola se escucha palpar desde el fondo su granero abundante.
Aflora su estatura germinando en un cuerpo casi de adolescente.

Mirar como el vencejo la recorre en el aire y hace fuego sus alas.
Saberla hecha de lumbres que doran con sus manos la tostada cardencha.
Acercarla vestida del color asustado de las vetas del agua.
Sentirle sobre el vientre lo frutal desposando su cintura tan trémula.

La Mancha es un espacio no abarcable que puede ser medido en los
(ojos.
Es un vasto recinto al que nadie ha podido trazar medianerías.
Un anchurón con puertas que siempre dan al campo más abierto y redondo.
Es una mesa larga donde apenas si cabe la bandeja del día.

Cruza el orto un rebaño que pasta un decorado de azafrán y de
(trigos.
Busca por somerales donde acude convicta la voz de las macollas.
Husmea por longueras habitadas de surcos y por los yerbolitos.
Pasa por entre nubes que bruñen los cabellos de las frágiles tobas.

Lugares que acarician tejados sometidos a la cal y a su azogue.
Blancas empalizadas reflejando en las rondas sus fulgentes vestidos.
Solanas defendidas del calor que se baña sobre los corredores.
Oteros de Criptana donde vive la fuerza que hace hablar al molino.

Callejas de El Toboso orientadas y abiertas a la lengua del aire.
Espejos transeuntes colgados de vitrales destelleando en Almagro.
Depósito de siglos signados por canteros, Villanueva de Infantes.
Nombres para esculpirlos: Rocafriada, Fuenllana o Almodóvar del Campo.

Por sus ocreos tapices el sol borda pedrizas y punzantes majanos.
Enmarca en lo distante los mománticos bombos junto a las quinterías.
Amuebla de racimos los pámpanos precoces pobladores del llano.
Ordena en sus telares la pintura luciente de su grama infinita.

La Mancha es una antorcha que el otoño recibe con su luz transparente.
Es un plano dominio que exulta en su rescoldo cuando brilla la noche.
Su efigie solitaria descansa en una plaza donde el aire no duerme.
Desnuda de sí misma sólo cubre sus hombros de su blusa y balcones.

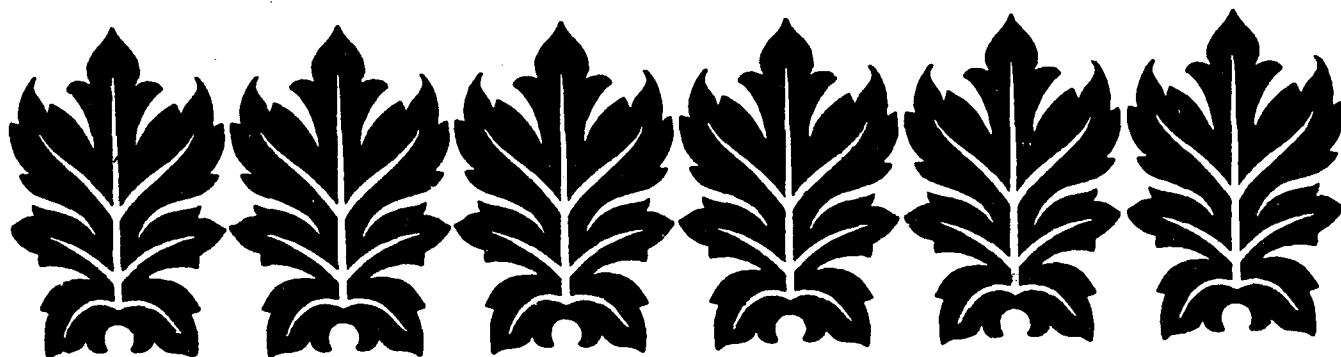
Llegado el mediodía con su piel restituye lo dorado al incendio.
Mirarla es comprenderle el rubor que hizo gesto la luz en Dulcinea.
Brilla como una lanza que al aire dispusiera su tetal reverbero.
Su pátina traduce la sustancia mordida por el alba a su hoguera.

Van pasando palomas por sus cielos inmunes hacia un bello destino.
La tarde hace a su arroyo deshojar la garganta de las hazas sedientas.
Desmayados los carros van volviendo despacio al hermoso edificio.
Levantán una ignota soledad que abastece de silencios su arenga.

La Mancha es una honda bodega interminable dormitando en tinajas.
El alto minarete del humo en Tomelloso destilando alcoholes.
El más rubio castillo, mirando en el alféizar de la sierra de Alhambra.
Es un libro distinto con que grabar al pecho la emoción de sus nombres.

Su testigo horizonte llega hasta donde acaba su virtud la llaneza.
Su límite es el cielo al que acude, tan sola, por ella acompañada.
Es una romería con que andar hasta el sitio donde el sol es vivienda.
La Mancha es un postigo que mira a la belleza y da siempre a La Mancha.

Angel GARCIA LOPEZ





Está uno en la Mancha y se te hace un mapa de siega el corazón. Ruedan las trillas hacia el extenso estío como barcas, abarcas,

y la tarde diosa morena es en el paisaje torrencial y maduro que se cuelga en los colores últimos.

Es tierra como un harnero dulce, y cierne el aire denso tal un membrillo; cruzan tobas por las manos suaves del ensueño rasgándonos la cal de los lugares en el quicio del éxtasis.

Está uno con su tonel a cuestras, y los carros traen el campo a las casas, huele a vino de aurora vendimiada en los corrales de yeso y gavillas en hacinas, mientras la Mancha sube hasta la boca, desnuda en su pajar o en sus desvanes interiores con yerros, trigo, avena, que a sol maduro saben en el beso espacial de la siesta.

El porche íntimo lo acaban de regar con sombra densa, y una sera crujiente de sandías refresca en un rincón. Se intuye un cántaro femenino de greda, agua de pozo que a piedra sabe, a jarra, a fresco y hondo corazón derramado en la cocina encalada de amor.

Por la ventana del cuarto que da al pueblo, a las parcellas voladas del calor, entran molinos, casi antiguos gañanes calcinados de ancestral enjalbiego, como un lienzo para un pincel de dioses pedernales de la primer llanura, que ahora tienen agarrotado el pulso.

Extiende uno
sus párpados cual sendas, llega un dulce
alcor para la mano, un espejismo
que de repente sube quinterías
del suelo, y las mantiene sin caerse,
por el suelo de la siesta, cuesta abajo
del mirar que uno ata como un susto
de cordel para haces.

Miras lejos,
y se te va la Mancha hacia las parvas
candeales de las eras de ti mismo:
El mar de sol maduro, aquellas tardes
macizas y esplendentes, lujuriosas...
Y un labrador en yesca es el verano,
en sus cueros desde lentos acarreos,
con su espalda de surco interminable.

Detrás de la galera queda sombra;
y una muchacha trilla mareada
de tantos redondeles oceánicos
creyéndose ella sola una escultura
de barro denso y núbil: El emblema
de clarión esponjoso de la Mancha
ardiendo en la blancura del cocero.
Acude uno hasta él, poeta virgen
contando los costales despacísimo
cual retablos dorados, pan mañana
en el horno de otoño, y solas vuelven
las mulas al lugar...

El pueblo tiene,
como un puerto al ocaso, tanto incendio
de colores que inventa la retina
exiliada del mar, secanas naves
que amarran como yuntas a un noray
su redondel de olas.

Un paisano
lia un pito en el hato o la nostalgia
de no volver de novia por la noche
cuadrada como un patio, mientras toman
el fresco en una silla las mujeres
a la puerta, al solano...; y él se iba
a dormir a la era, mozo entonces
para contar estrellas a puñados,
removida su carne como azúcar
de pedernal y mecha.

Algunas veces
sale uno a la Mancha y se te vuela
lo mismo que un albatros; y no encuentras
un hito que sujete este paisaje
en su piedra de siempre: aquella anchura
como una manta verde, tan clavada
por los cuatro mojones de los puntos
cardinales más hondos.

Te sofoca
un pudor de liturgia y de tinajas,
cual bóvedas solemnes que restallan
el vaso, el beso duro de azufre

que igual que un salmo quema, como cálices
de ebriedad casi lívica,

y la diosa
de la Mancha te exige, en la penumbra
de su cámara última, que espantes
sus palomas de mármol casi nieve,
caporal tú del júbilo, pontífice
de su cuerpo solar, y la conduzcas
contigo a la intemperie, a tanta viña
que campos redondean, yacaricies
rogativas de amor para sus pámpanas
de lúdica hermosura casi célibe
o pagana emoción.

Uno se pierde
y se encuentra así mismo en esta dura
porción del hemisferio, Mancha nunca
llevada hasta mi altar para quitarle
tu toquillón, tus sayas y tu chambra
y así, desnuda tú, mis ojos beses.

Valentín ARTEAGA



BREVE APUNTE DEL INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA
ELADIO CABAÑERO

Año 1.981



uele venir por el café Gijón
como si alguien, a quien nunca encuentra,
le enviara recado.

El no se desanima
y sigue
buscando (la cabeza
inclinada a la izquierda para darle
a su mirada el eje
de la cordialidad) hasta que atrapa
un saludo amistoso.

Se dirige
rumbeando seguro, pues ya puso
la brújula en su frente, hasta el asiento
libre y allí descansa
el costal de sus hombros
y la sonrisa.

Tras
el cristal que la amplía la inocencia,
sus ojos palpan, reconocen gestos,
se hacen con la amistad de golpe y quedan
detenidos, lo justo
para dar fe de su presencia. Luego,
ya confortada en la hermandad su vista,
se adentra en el periódico
poniéndose castigos pequeñitos,
breves desconfianzas que le afilen
la palabra.

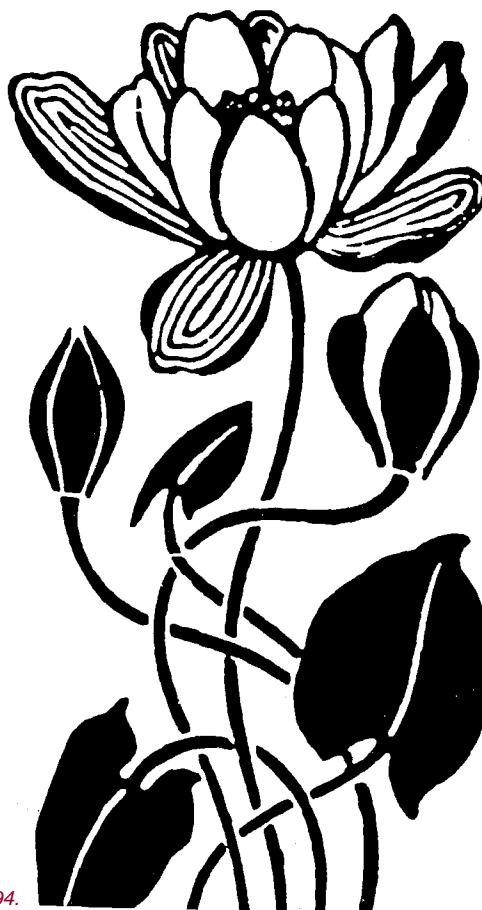
Despliega
la bengala ingeniosa de sus frases,

sus mordeduras de dragón doméstico,
y una risa oscilante con bajeles
que cabecean al pasar.

Si tiene
tiempo,
puede que te regale su cartera,
o te explique una historia sobre el humo
para que tu le pongas pedestales,
o haga salir un genio en camiseta
de su café.

En el fondo
de su infinita humanidad, respiran
cien arcángeles huérfanos (y el duende
que les da de comer) que se despiertan
cuando él, en ceremonia
forzosa, dobla el espinazo, se
sacude
las últimas migajas
del pan reciente conversado y sale
a perderse en la luz humildemente,
mientras le cede Dios toda la acera.

Joaquín MARQUEZ



EL GAÑAN

Año 1.982



En el templo de la quintería
reza solo
su letanía de soledades, en las arrugas del candil
zurce su ilusión estéril
y esculpe su ilustración de aridez a golpe de azada
entre los callos, el madrugar de la reja
-aguzada de fuego y yunque-
despierta de horizontes robando surcos a la llanura

Y al séptimo día...
con un mendrugo de aliento en las alforjas,
con una luz de aceite en la redina...
mata el último hambre de la semana
unas gachas y otro funeral
con siete siglos en su alma conformista,
senequiana y siete esperanzas en su corazón grande,
dulce aunque ajado por la tiranía de la vida.

Y volverá a su casa a recobrar la voz
olvidada en la almohada de la boda.
Dibujará de nuevo al hijo en sus ojos
arropado de mudez, de ausencia paterna
aupándole a crecer para que alivie su soledad
y comparta la vigilia austera en la besana
entre las patas de la mula compañera y confidente:
casino cálido en las noches de mirada fría,
única en aquel mar de tierra áspera,
en aquella tumba donde caerán sus huesos maltratados
heridos de inalcanzables sueños.

Y al séptimo día...
-en el corro paisano de la plaza-
un trato de trigo o de oración vinatera
y otra charla sobre el tiempo

o la siembra o las mulas o las gentes
o la fulana aquella que él conocía y...
otro hato para siete desiertos,
siete cicatrices, siete
melancolías.

Y despues siete años.
y otros siete más inviernos escasos sobrados de hambre,
agostos implacables, crueles
rayos de fuego. Infierno en las eras
al pie de la trilla con panes de mieses
y vientos de alivio.

Y al séptimo día...
cansado de llorar sudores, muerto.
Calma rota en el horizonte infinito
estepa callada, avispero de luz arrodillado
en los brazos de un día moribundo
se apaga el gañán, humilde
mudo peregrino
estriado de tesón, satisfecho,
harto de dolor y ahogado de lágrimas.

Al séptimo día...
septenario de antepasados
yació el campesino en el cáliz de la sombra
anónima, sedienta de ocres, confundida.
Espejos y espadas las siembras tendidas rezando
la frágil desnudez humillada.
Amapolas, pechos rojos de la tierra,
campanas tocando nubes de silencios.

Entierro místico de tinieblas bordadas
de luto, la Mancha, la gañanía...
¡Todo el campo de duelo!

Araceli OLMEDO





orción de tierra de sembradura"
 dicen los diccionarios de la palabra Serna
 y el escritor recogedor de vocablos
 se llama José Salustiano Serna
 nacido en la calle del Tinte de Albacete
 con años en el oficio ingrato
 cuyos títulos de obras ahora mecanografían
 con alguna prisa en los periódicos locales
 y también en los de ámbito
 nacional (una nota resumida
 quizá con dudas sobre la "s"
 entre su nombre y su primer apellido)
 a los que viven en la ciudad les preguntan
 a los que tienen próximo un teléfono
 sobre la posibilidad de un envío urgente
 de folio medio folio o unas frases grabadas
 directamente un juicio crítico en dos
 o tres minutos para que salga en el diario
 que está cerrando ya la edición elogios
 unas palabras para la emotiva biografía
 biblio biobiblio con exhaustiva información
 de la vida y obra del eximio ilustre
 patriarca ce las letras albacetenses
 muerto cristianamente con Santos Sacramentos

recibidos pero como en mi casa
 no hay teléfono nadie pregunta
 (escuchaba la radio esta tarde de mayo
 he buscado un libro suyo y dentro
 de él algunas cartas y tarjetas
 respuestas a mis envíos "algún día
 brindaremos con el vino tuyo")
 he leído palabras alineadas
 y por orden alfabético en el diccionario
 "de habla manchega de Albacete
 y sus tierras" ablentadizo abolindio
 acabanzas (fiestas que al terminar las faenas
 de la recolección se celebran en algunos lugares)

alrededor de la basija de barro o cuervera
llena del dulzón y mareante líquido
las frases irónicas sarcásticas los festivos
gritos las alusiones las llamadas eróticas
la confianza de muchos años
trabajando para la misma familia
que dió casa y jornales historia
compartida domésticos acontecimientos
tiempo canas las muertes recordadas
vínculos y casamientos los tragos
y el ofrecimiento de los pucheretes
jarritas con la bebida refrescante
compuesta de vino tinto y agua desleída
con azúcar y rodajas de limón (en ocasiones

sin hacerse en proporciones adecuadas)
el prólogo alegrón de roscadera
el final cascante esperajismos
si no se van contando los tragos
"el pueblo manda en el idioma"
dice Azorín y "el pueblo es el uso
forma el uso" (del mismo autor)
don José al que preparan
un especial catorce páginas
sus compañeros de letras de la ciudad
que en árabe quiere decir los llanos
la llanura al-basit al baziti
y aparecen contestaciones urgentes
telefónicas "dolor inmenso"
"irreparable pérdida" Matilde
rebuscará fotografías familiares
"en su despacho de trabajo"
"haciendo el servicio militar
con uniforme y distintivos de gastador"
"con el entonces gobernador civil
y el alcalde" "bailando en una fiesta"
"una figura señera" dice otro
y porque fue tan modesto
me pregunto y nadie puede contestarme
estoy solo en el porche y atardece
los cárdenos colores los silenciosos
verdes haciéndose azules con lejanía
"docto lingüista" se ha muerto
un amigo mío de horas y charlas
que nunca queríamos se terminaran
un pastor y no coleccionista de palabras
estaribel estarizón esturreado
"el matrimonio tuvo siete hijos"
llegan a mi sillón los ruidos de los motores
gritos de unos niños (no saben
que los grandes hombres mueren

y siguen los pájaros cantando)
como dijo otro que juntaba las palabras
también para dejarnos mejores las mañanas
más tristeza una forma de mirar más clara
sentir el ubio lejío arradio
"merece ser un hijo predilecto
de la ciudad" opina un político
local y localista falaguero
del árabe jalaga y faloria
del mismo origen que falacia
(está ahora fotografiando seres
de la llamada administración gobierno
que acuden a los pliegos de firmas
del portal de Teodoro Camino seis
ellos dialogantes y consternadísimos)
creo que es Saussure el que distingue
entre lengua o sistema y habla
o expresión personal y lo importante
es entenderse y ni el matacán vuelve
a las camas viejas y de ná sirve
reinar en los entrinques una novela
titulada "hombres de tierra"
y cuentos "piruetas de la vida"
"el hombre que murió de un discurso"
"toreo y azar de Pedrés" con prisas
el redactor teclea y el café
va quedándose frío "la historia
albacetense se para unos momentos"
se marcan los números de todos los teléfonos

de poetas oficiales herméticos
laureados telúricos
mondetísimos
críticos demoleedores didácticos
autóctonos que citan a Cioran
Chomsky y escatiman ahora
ese puñado de calderilla
(como en los bautizos hace años)
que se tiraba a los escritores
que mueren con el primer artículo
publicado a los catorce años
y académico correspondiente de la Lengua

de la Academia en la Mancha de la Real

y abogado ilustrísimo señor
"se le ha pedido la cruz de San Raimundo

de Peñafor" cierro libros
recojo los papeles es la noche
recobro mis encuentros
con don José el escritor que era

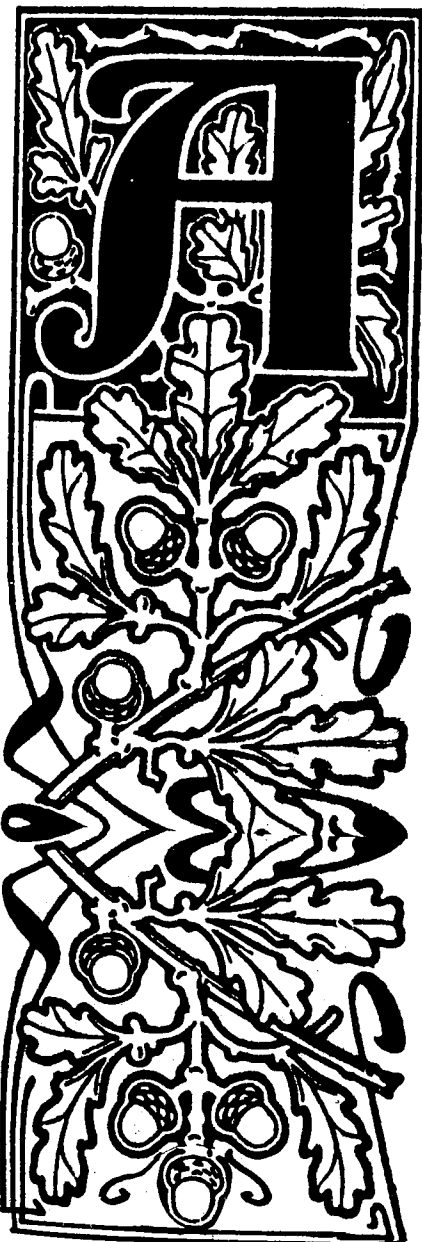
"bueno pobre y sentimental" y no tuvo
un empleo político jamás lo que llaman
cargo y juntó palabras hermosísimas
alabe álabe ajipán carguío
albarcero azuscar nublizo
cabezalero tiberio morceguillo
resiembro arreboleras altiruto
dentro de la casa tomo un vaso
de vino (echar una goteja)
y brindo con respeto por un hombre
que está vivo para mí y para
el que no doy un comentario
en los periódicos no llaman
porque esta casa no tiene teléfono

Alfonso LOPEZ GRADOLI



ELEGIA POR UN VIEJO MANCHEGO

Año 1.984



las viñas, olivos y grosellas
les falta únicamente el requisito
de tu canción para nacer estrellas.

Hay que clavar tu cinturón bendito
alrededor del llanto, en la cintura
del coraje, en las ingles del granito
de la rabia, a ver si halla partitura
el pozo horizontal del abandono
y el árbol de los humeros madura.

Limo benéfico, encendido abono,
tu barro generoso resucita,
y la esperanza, para estar a tono
con esta herida luz que nunca grita
y este hombro herido que jamás se enfada,
hoy viene, novia y júbilo, a tu cita.

Glorieta de una tarde desangrada,
lagares arrobados en trasiego,
el pecho está sintiendo una cascada
de vida en su cansancio, un tibio fuego
de reconciliación con lo perdido.

Se diría que estás, viejo manchego,
diciéndome en rosales lo que mido
y añadiendo una hogaza de propina
al pan dado de más y bien corrido...

Como siempre, tu rótula hoy camina
por senderos de mucho campo abierto,
ahorcándote a gladiolos la chalina
y otorgándote el vino barca y puerto,
qué bien contigo el horno del verano
o el pulso de un invierno medio muerto,
qué más daba si tú abrías temprano
el parque del abrazo y la alegría,
el bien y el tiempo dándose la mano,

muriendo en el exilio la agonía
y Dios naciendo alcalde permanente
en el fértil salón de tu alcaldía.

Acércate a las arpas de la fuente
y oblígala a que calle tus canciones.

Prohíbe que la risa de la gente
me recuerde tu risa, y los velones
del alba, que no digan tu sendero,
y tórnense de piedra los gorriones,
y aguántese su música el jilguero,
y siéguese a la altura del tobillo
su boca alegre el corazón obrero...

Imposible que el vientre del albillo
no tenga azúcar o que el cielo sea
enemigo de todo lo sencillo.

Como espada invencible que acarrea
medio mundo de pámpanos y rosas,
tu silueta se yergue y se recrea
por los surcos del aire, en estas cosas
de nacer por la muerte y dar latido
a la sien de las aguas milagrosas
que estén subiendo siempre y no han subido
medio escalón de paz, porque las pierde
el hierro de tu pan que no han comido
y el marfil de tu miel que no las muerde...

Puso La Mancha su alma en tu mirada
para que el iris mío te recuerde
cada vez que peligra la fachada
de mis montes y tiemblan sus cimientos.

Te dio también su cuerpo en la zancada
para que tengan profesor mis vientos
y texto de ilusión mi labrantío.

Te entregó una mañana cien talentos,
y al año, en las alcobas del estío,
multiplicado el préstamo por siete,
se desbordó en arcángeles tu río.

Tierra mojada en labios de machete,
viñas sangrando gajos de un Guadiana
que abrió en su pectoral un gran boquete,
desnudaste de rejas tu ventana
y fueron libres pájaros ya el sueño,
el pensamiento, el salmo y la mañana.

Preguntaban al parque por su dueño
y la cepa apostaba a que volvías.

Hoy, atado a tus alas, me despeño

desde este acantilado de los días
y siego a dentelladas los barrotes
de una cárcel, pedriza en rebeldías,
donde se vuelven cuerdos los Quijotes
y al más divino amor llaman locura.
Que no intente el dolor cortar los brotes
de tu sangre en la piel de mi estatura
ni tu letra en las páginas del pecho,
que tu fiebre me ha dado calentura
ya por siempre y tu imagen se me ha hecho
presencia de dorados moscateles.
La ley de la amistad me da derecho
a extender sobre el tiempo los manteles
y a ser, viejo manchego, tu invitado.
Oyendo tu lección, cómo me dueles
de ternura, racimo acorralado
por colmillos de tantas desventajas.
Cómo escuece tu mosto azucarado
en la llagada encía. Las migajas
de cobre no doblaron tu rodilla,
aunque el dalle jugó con dos barajas
muchas veces y te hizo calderilla
las torres de platino, y el aguante
se acostumbró a compás de zancadilla,
y en la espina dorsal de tu arbotante
lo triste, tesonero en su costumbre,
intentó socavar tu buen talante.
Echa, viejo manchego, hasta un azumbre
de razones, bebamos una copa
del milagro que puede con la herrumbre
del otoño y dejemos que la tropa
de lo cobarde agite su bandera
de nada y que se vista con la ropa
de los ojos vencidos. La ceguera
no reza con nosotros mientras viva
la oferente esperanza en bandolera
de tanta exultación definitiva...
Mira, viejo manchego, cómo el trigo
que canta en el almiar de mi saliva
se hace más puro y soñador contigo.
Mira el vino que crece en mi bodega
cómo a mandobles de inquietud le obligo
a que reviente en bendición manchega
y emborrache de pascua al que lo bebe.
Aunque es el corazón lo que se juega

cada día en el ring, qué bien se mueve
mi mentón de cristal sobre la lona
si deja abiertamente que lo lleve

tu léxico de viña. Y no lo encona
jamás la proa de cualquier herida,
aunque surja el penal de una encerrona

o medio el cornalón de una embestida,
porque tú estás al quite y tu capote
se cruza en este ruedo de la vida

cuando vienen mal dadas y el azote
del pedrisco se cierne sobre el pelo
de la espiga. Cabalga, buen Quijote,

vecino de mis hombros, paralelo
al halcón de mis ojos, a la altura
del ánimo valiente de este anhelo

que quiere parecerse a tu figura.

Funde tu cuerpo a rosas con el mío
y sean tus palabras mi armadura,

y tus versos las aguas de mi río,
y mi volcán la seda de tu fuego,
y tu sangre la estrofa de mi brio,

y mi voz tu canción, viejo manchego...

Angel BENITO



Año 1.985

I

INVOCACION Y JUEGO



u claridad de rayo encarcelado
es un fiel contrapunto a mi latido.
Tú, con un nombre y múltiple apellido
-La Roda, Infantes, Tomelloso-, airado

arroyo en hondas de fulgor domado,
te ves al hondo cauce sometido.
¡Sol Manchego, en mis venas ya perdido!
¡Panorama del júbilo encontrado!

A tu baraja líquida me juego
el corazón, cuando entre nieblas brilla
una copa, y la bebo y pierdo o gano:

cuando, del frío de la vida al fuego
del naípe, se enamora ya mi arcilla;
jugadora del alba en este llano.

II

COMPAÑERO



sta lumbre en La Mancha concebida,
carne de soledad esplendorosa,
imparte su doctrina generosa
en aula sin fronteras de la vida.

Una sabia lección enardecida
será del paladar la fiel esposa,
hasta que gane el alma, por dichosa,
mil besos de oro para cada herida.

El vino que nos surca, trecho a trecho,
en aras cristalinas se hace rito
oficiado en los páramos del pecho.

Letra de fuego en la cátedra del mito...
¡Para abrigar el corazón deshecho
y desnudo, me bebo el infinito!

III

BODEGA



quí donde una vida se sosiega,
y en las entrañas de la tierra hirviente,
sueña el vino con ser adolescente,
porque soñar es ley en la bodega:

aquí donde, en secreto, no se niega
la verdad de un linaje de alta fuente,
porque nadie desdeña ni desmiente
la bella estirpe de la prez manchega:

aquí donde la gracia es inquilina,
donde es reina y señora la frescura,
donde la luz es dama clandestina.

Doña tinaja de poderes plenos
al vino de La Mancha, que madura
como un amigo fiel. Ni más ni menos.

IV

SEGUNDA INVOCACION



uerpo esbelto, dorado, llameante,
epílogo de un gozo de viñero,
en la mina del pecho tú, minero,
y en hondón tan oscuro visitante...

Con tu presencia de esplendor amante,
picador de mi pozo yo te quiero,
y en carnal galería te prefiero
en son de paz, profundo acompañante...

Pasa la débil puerta de mi boca:
llegas al corazón, hieres mi roca:
y tu faro de aurora soberana,

millonario de líquidos cristales,
alumbra mis dominios terrenales,
para cambiar mi noche en tu mañana.

HIJO DE LA TIERRA



n Val de Juan Alcaide, copa llena
(¡perdón, que es Valdepeñas, bien nombrada!)
y su gloria esencial y derrochada
da a la sangre una franca enhorabuena.

Pasión y fuerza vienen, vena a vena,
para dejar mi angustia desarmada
y, con llave invisible, bien cerrada
tanta puerta sombría de la pena.

En vez de vino, le diré corriente
de Jabalón, ministro del olvido,
galán de la garganta complaciente.

Y bien lo sabe el corazón, vencido,
que navega a favor de su torrente,
que es hijo de esta tierra, y bien nacido.

VI

MENSAJE PARA LA BOCA
DE UNA MUCHACHA EXTRANJERA



i tu rubí a otro joyel convoca,
y quiere el vino darte parabienes,
preso el aroma de La Mancha tienes
en la cárcel fragante de tu boca.

¿Qué bruma, que región tu gracia evoca?
Muchacha, sorbo a sorbo, te entretienes
y, queriendo saber de dónde vienes,
el vino, inquisitivo, se equivoca.

Este, de madrigales dadivoso,
por si se muestra cálido y galante,
de tí un momento se sintió consorte,

aunque, en tanta delicia ruboroso,
como el vino de mapa es ignorante,
no entiende de país ni pasaporte.

VII

ELEGIA POR UNA NAVAJA



sta navaja, lúcida y mellada,
hirió la carne de la viña, un día,
dando origen feliz a la agonía
de la uva, a la muerte condenada.

Quizá contrita y no desmemoriada,
recuerda, en otro tiempo, su porfía
contra el racimo. ¡Cuánta lejanía
en presente de triste jubilada!

Perdida en un rincón, sólo es memoria.
Metal que se olvidó de la querella.
Añoranza de azúcar y de gloria.

No sienta el vino compasión por ella.
Por iniciar la magia de su historia.
La Mancha le bendice cada mella.

VIII

BRINDIS FINAL
PARA DON MIGUEL DE CERVANTES



Perdone, don Miguel, perdone usía
este ademán de copa que levanto.
No es falta de respeto, porque es tanto
como un gesto de amor y cortesía.

Yo no puedo saber lo que sabía
su corazón, sobresaliente en llanto
sobre esta tierra, mas, dolido, canto
la ausencia de tan alta señoría.

A su memoria quijotesca rindo
mi palabra y mi baso, cuando brindo
con este don que apagará mi sed.

Y mientras sigo, errante, mi camino,
a La Mancha del pecho llega el vino,
¡el mismo que bebió vuestra merce!

Jacobo y Enrique MELENDEZ

II

EL ENCUENTRO



l alba de las uvas sube y baja
por la garganta azul del horizonte
esa invisible fábula del hombre
que sueña con La Mancha y la penumbra.
Esta mañana feroz de Dios, abre
la puerta a la aventura,, veloz urde
el cántico, recoge los tesoros
escritos en la cueva y en los libros.

El tiempo impuso la palabra: vino,
mágico, vértigo; sangre en la vena
del periplo. Amores, no lo olvides,
recuerda el mar de las ojivas sin fin,
la eternidad vendida en la taberna;
la esperanza de espejos, la esperanza
de uvas o ese mundo colgado
del sarmiento del tiempo. Es líquido
ungido con el vaso que acaricia,
es la vendimia o es el infinito.

Sagrada catedral del sol se luce
en luz morada. ¿En qué resurrección
el vino dividió las bibliotecas
o fulgió su oro entre los horizontes?
¿No es memoria en la mano y en la tarde,
cuando un vencejo suma ya los versos
más tristes en la tarde de La Mancha?
El misterio en vísperas del tinto,
la nostalgia del litro y de la plata
aquí, en la viña y en el horizonte.

LA MEMORIA



l rastrojo es de todos en La Mancha
 y el mar es vino para navegar el camino,
 el azumbre llega hasta la costa de los campanarios
 donde la cigüeña levanta
 el pico de la paz,
 alzada la mano a los infinitos.
 La bodega es un palacio de los duendes encantados,
 el lugar donde se añora el resurgido color
 de los pintores sin playas que les duele la luz.
 La vida es un sueño entre las cepas
 mientras macera la esperanza
 y nacen mariposas o racimos
 y el alcohol es de Sancho Mancha
 y el sudor anida en el zurrón de los hombres felices.

La Mancha es un olor a migas y tocino,
 o un ruido de nostalgias alrededor del aljibe,
 una tormenta sobre la tinta de la parra,
 o un espejo soñado donde se mira el paraíso.
 Sí, La Mancha es como un libro futuro
 sin índice ni versos, ni tigres ni epitafios;
 La Mancha es el lugar de las Mil y una Noches,
 de un millón de moros y cristianos.

Crepúsculos, arena, ensoñación y ángeles secretos,
 La Mancha es ese lugar donde Cervantes
 puso la primera y última palabra
 y el corazón una tarde con sabor a uvas y sarmientos
 y se resignó a luchar en el reino del éxtasis.
 Todos son y nadie es ese hombre guerrero de molinos,
 titiritero o caballero en dulce burro
 a galope tendido por un mar de silencio.
 El señor de la luna y de los tábanos,
 con dama de acerico y de bordados
 una tarde del siglo diecisiete,
 cuando el oro del sol o de Alta-Tau tamizaba La Mancha.

Retornan los vencejos movidos por la luz,
 el invierno emerge sobre el mantel de la mesa;
 el invento del vino es algo positivo,
 al hombre le arde la memoria mirando a los rastrojos.
 ¿Llaman a la puerta para que continúe la vida?
 El vino es también la palabra escrita.

SE LLAMA TOMELLOSO



El lugar se llama Tomelloso
 y pastorea a los trenes en la anchura
 o en la noche lejana de los fuegos,
 donde retorna la historia abreviada de los mundos.
 Se paró el tiempo en un racimo,
 se detuvo el brujo del diluvio a ver pasar los trenes
 y del más allá absoluto
 el insólito viento extrajo a Torres Gueso,
 bodeguero mayor de los secanos,
 soñador de los mares invisibles,
 navegador en vano
 por el cielo de la costa y de las uvas.
 ¿Dónde posó el vaso
 el hermano Eladio?
 ¿A qué cepa cantó el apólogo fantástico?
 ¿Con qué tinto pintó
 Antonio Torres los vencejos soñados?
 El sol y los melones
 hacen crujir al viento en los molinos
 y los acentos
 del aire forman ecos
 en el frescor de la geografía.
 Tomelloso se abre en la llanura,
 es infinita la agonía
 del hombre solitario,
 de la vendimia escrita en el insólito cuenco,
 rigurosamente en la palma de la mano.
 El lugar, el extraño lugar, se llama Tomelloso,
 la ley del fuego y del otoño impera.
 Es cita oculta de la civilización del trago,
 del reino de los ángeles,
 de mapas y universos
 donde los profetas abrieron las puertas de los cielos.
 El lugar es infinito: se llama Tomelloso
 es decir, cita eterna o teoría del mundo,
 la nueva intuición, la ficción verdadera
 de la precognición y el sueño.
 Se llama Tomelloso.

Raúl TORRES

Nunca encuentro tu entraña. Y me deshago
cardando el cardo de mi vida asceta.

Juan Alcaide.



e he pisado mil veces
y tus latidos pueblan redondos mis sentidos,
pero aún no te conozco, y sé que he de morir
con hambre de tu cielo y sed de tus caminos.

He bañado los ojos en el fragor marino,
fúlgido, delirante de tus viñas,
y he bebido tu vino con el ceremonial
del que bebe tu sangre.

Para entrar en tu vida,
he comido tu pan con los ojos cerrados,
con la unción de una misa, todo el cuerpo
tremante, al borde del misterio...
Pero aún desconozco tu hondón, tu alma misma.

He mirado tu piedra en Fuencaliente,
tus signos cuaternarios. Pero no sé tu origen,
ni de donde provienes, ni hacia dónde
te ensanchas...

Tu secreto es lo vasto.

Mis ojos cabalgaron tu horizonte,
jinetes del amor, hacia tu término, hacia donde
no más. Pero tú te extendías
más ancha que tú misma,
dejándome de bruces con la angustia en el pecho.

Oh, mineral latiente, tenso llano implacable,
caluroso tambor desde Castilla Al-Andalus,
desde Agudo a Ruidera, ocupando la luz
todo el espacio.

Como un friso de sol,
cárdenos y en silencio,
tus ocasos templaron mis dolores de hombre.
Muchas veces me diste la paz que te pedí
bajo el diamante grande de tu noche.

Pero no te has abierto del todo todavía,
aún se resiste -piedra- tu corazón terrestre,
y no sé qué caminos seguir cuando te ando,
aunque me haces sentir como un hijo en tu vientre.

Soy un hombre que sufre, que voltea los brazos
como un molino ciego
cuando intento llegar hasta tu entraña,
abrazarme a tu centro.

Tú me disparas a la luz. Me vuelas,
vilano, por tu cielo.
Más no es esto tan sólo lo que ansío,
sino sumirme en ti, calar tu seno,
hendir en espiral tu verdor hasta el sílice,
enmarañarme en ti, ser de tu estirpe.

Déjame conocer tu interior de planeta,
llegar hasta tu palpito,
tierra para caer a plomo y levantarse
otro hombre mejor, de más redaños.

Yo podría pintarte, mural que no termina,
mar en vasto silencio transcurrido,
ocre manchón de Alhambra a Tomelloso,
conos de luz aspada por Criptana,
la gran canción del vino en Valdepeñas,
o en Santa Cruz, o Alcázar.
Fulgor en Almadén. Arte en Almagro.
Nobleza en Calatrava.
Blasón en Ciudad Real. Gloria en Alarcos,
gloria y muerte... Pinedos por Mestanza.
Castillos por Montiel y por Bolaños.
Seguidillas de El Torno y de Granátula.
Rigor en Valdemanco.
Oh, claridad de Arroba y Saceruela.
Y el llano,

el llano,
el llano,

siempre el llaaaaaano.

Yo podría cantarte
mujer extensa, mansos, duros senos de alcudias,
caderas los barbechos, azilas los chaparros,
largo pelo tu río, ese misterio,
todavía vientre fecundo la llanura,
la extensión en envero, pubis hirsuto, muslos,
sexo en Despeñaperros.

Podría definirte con un verso de Alcaide,
con un verso de Eladio
Cabañero, o de Grande, con la primera línea
de El Ingenioso Hidalgo...

Podría comprenderte
charlando con tus hombres: calco
de tu paisaje rostro y manos;
su corazón el tuyo, su humildad tu linaje.

Pero no es esto sólo lo que quiero,
lo que me llama y busco,
lo que fuerza y duele,

sino latir en ti

sentir tu honda
trepidación, el ritmo

colosal de tu pecho como mío.

Ay, confundir el corazón, batirlo,
macerarlo en tu seno,
y dirigirlo hacia un destino hermoso
en tu desolación, en tu grandeza.

perder si es contigo la lucha. No me importa

te pido. Palenque de la luz. Que me siembres

Iberia alanceada por los astros. Tierra maestra.

Territorio tendido con violencia.

Fortalece mi corazón desierto.

Arbol horizontal.

Yunque esmeralda.

Liberación del Tiempo.

Tu costumbre me guíe. Te pido,
te pido que me siembres, ya que eres a mis ojos
la más robusta explicación del cielo.

Ahóndame hasta ti, asume mi vida,
que me arrastre tu viento...

Por este rito hondo que me impones.

Por esta entrega mía que consiento.

Antonio PEREZ ALMEDA



LA MANCHA Y UN AMIGO
(A la memoria de José Antonio Torres)

Año 1.988

ÑO 63. La tarde de septiembre
era fiesta y llamada en Tomelloso.
Tu palabra, vestida de ironía,
ondeaba en el aire fiel, nativo,
y contabas tu viaje al extranjero,
el gozo de las viñas de La Mancha,
el buen precio
que pone el corazón a la llanura,
la presencia del vino, lo que vale
un saludo de amigo, cuando el mundo
adquiere su color de agrio azabache.

LA MANCHA, por tu boca,
encendida aquel día. Claridades
nunca intrusas, en nupcias con la gleba,
descubrían el mágico secreto
que sólo el sol conoce. (Al fondo, Eladio
cedía sus palabras, heridoras
del alma de La Mancha, como forma
más alta del amor.) Cuánta sonrisa
junto a la mesa aquella, cuántas horas
revelando el misterio
de una tierra por mí desconocida.

Y luego, paso a paso,
al hilo de los años, buen alumno
me sentí de la anchura.
La noche de La Mancha:
amable sortilegio sobre calles y campos.
Insula de la luna sobre el trigo y la viña.
Llameante esplendor, cuando el tiempo se enjaya
-preámbulo delgado del rocío-
con el tímido escarlata de una aurora sensible,
y gallos, sin hastío
de su labor nonótona, proclaman
el alba sobre siembras y rastros.
La tierra ensimismada,
matriz de eternidad, vientre rotundo.

ENTENDI aquel silbido de las eses
de "sed" y "soledad" sobre los llanos,



mientras llega, de pronto, alucinante,
un cósmico temblor de hechicería.

SE colmaba la copa de la altura
con un rojo licor que, allá en el cielo,
tiene también seudónimo de ocaso,
cuando el sol, como un creso
arruinado que enseña su cansancio,
se echa a morir en patria de la espiga
y es antorcha en el monte.

GOZO del caminante de otras horas
con ruta de esperanza bienquerida.

AÑO 63. La tarde de septiembre,
prendida, José Antonio, de tu verbo,
era cátedra abierta a un corazón intruso
-el mío- que buscaba
razón para el latido en las raíces
que dan fe de la vida y la aventura.

VUELVO al asombro triste de otro día,
cuando estaba tu nombre contenido en las letras
de una esquila imprevista. La funérea noticia
fue fin de aquel encuentro de otro tiempo,
y el ayer resucita
anunciando una pena.

Y el recuerdo regresa a la ocasión primera,
cuando hablabas, hablabas,
y hoy, bodas de plata
con tu memoria, José Antonio,
te doy gracias, amigo, por tu lección de entonces,
por el prólogo ardiente que pusiste
a mis propios senderos en La Mancha...

Jacobo MELENDEZ





estas horas tempranas se avecina la gloria
de la luz intocada, vestida de hermosura.
Amanecer en La Mancha. Y el corazón quisiera,
si le fuera posible, detener el instante.
Fresca, limpia caricia se acoda como un beso
en la paz extendida, claridad remansada.
Mar callado de luz sobre ondulados pliegues
vegetales, remotos, y el horizonte limpio
como diosa desnuda, redonda, adolescente.
La luz, la transparencia, sobre un oro de pieses,
sobre un páramo inmenso y altozanos con sístoles.
Los destellos sublimes, las palomas nevadas,
lloviendo en la planicie sus intactas dulzuras.
El corazón quisiera detener el instante,
secuestrar la mañana, la mañana manchega
donde duerme la música, donde anida el silencio,
donde el hondo camino despereza su sueño,
donde un mar de racimos profetiza su ola
de júbilo sonado, de gozo compartido.
El corazón quisiera detener este instante
desnudo, inmaculado, donde Dios toma cuerpo,
se hace rosa creciente y nos canta al oído.
Huele a luz soñolienta embestida de sombras
como tórtolas ciegas gemelas del espasmo.
Huele a noche que empieza, campo prieto de luces
imantadas de pájaros, de pájaros dormidos.
Y un deseo gigante se enciende en las pupilas
del corazón atónito, del ojo peregrino,
un anhelo alevoso de detener la tarde,
la tarde que declina cumplida y silenciosa.
Un deseo insistente de tomar en las manos
ese rostro redondo, rojizo y mortecino,
que de lejos nos mira con prelude de dioses
y alarga pinceladas de sombra en la llanura.
El corazón quisiera abrazar con olvido
el silencio latente sobre el campo encalmado
y beberse la tarde, el ocaso manchego,
como una sinfonía de arcángeles en vilo.
Aquí estamos sin tiempo, como en un mundo mítico
eternales los dos, la tierra y nuestra vida,

amados, coincidentes, concretos, infinitos.
Nos caminan las sombras, nos camina el silencio
más hondo y más desnudo cada vez que avanzamos.
De vino y de más vino se nos cuajan las huellas,
de camino y camino la saliva y la sangre.
Se siente la distancia como una amante próxima,
la pura lejanía como cercana amante.
Besas las atardecidas y alcanzas con la boca
la pureza del infinito, el infinito puro.
Terminas el camino y parece que empiezas
la andadura de nuevo, y el final es principio,
y el principio no acaba, y más vino y camino,
y el silencio sonoro, y Dios que te contagia
de su leve presencia, como de quieta alondra,
como de limpia sombra, larga, larga, muy larga...
Huele a luz soñolienta por la tarde campestre
de esta mancha encendida de la Mancha encalmada.
Casi abarcas a Dios, su fragancia y murmullo,
su iluminada sombra, su sombra derramada.

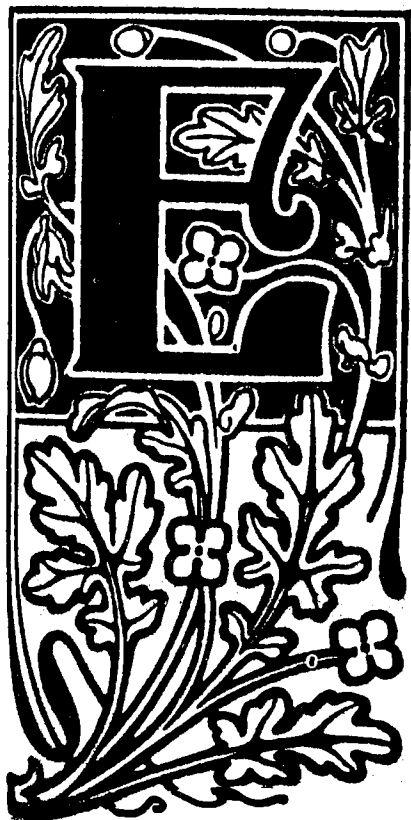
Lázaro DOMINGUEZ GALLEGO



"...UN VINCULO, UNA ALIANZA"

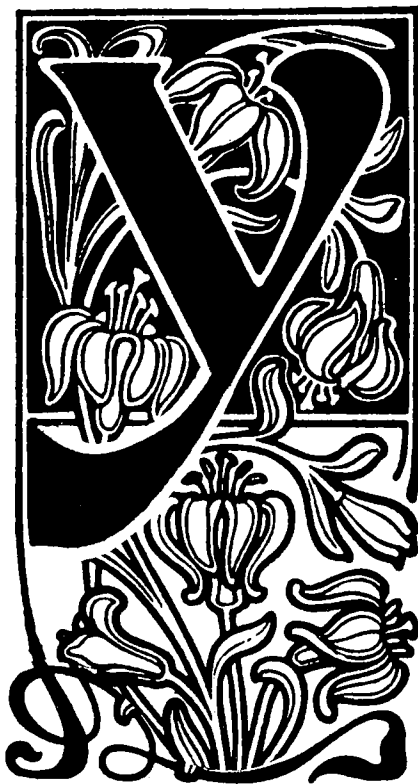
Año 1.990

I



L fervor de la vida puebla el cielo
de pájaros y calienta sus plumas
al requiebro de la luz que despereza
el día. Amor de todos los lugares
hacia el centro del mundo; ¡con qué alborozo
laurel florece el vientre de la tierra,
con qué codicia el polvo teje la ilusión
como un lujoso ajuar del alba!
Porque es vestíbulo del tiempo, aprendiz
de lumbre o cal novicia este paraje
donde despiertan nidos y destila
el mar sus girasoles, la bruma
de las viñas a punto de nacer;
y cuece el horno el pan de cada anhelo
que Madruga en los surcos de la ocasión
del hogar a mediodía, de esa
rendija abierta al pecho de la historia
como majada en víspera de hierba.
Dense vaivén recobra el hombre, acuna
el pulso su rutina de enamorar
los siglos entre lomos de apasionada
voz cada jornada. Es tan nupcial
su oficio, tan fiel el mapa entre los ojos,
que siempre al trasluz de sus arrugas
crecen alforjas todas las mañanas.

II



se alzará la vida con un roce
de tu cuerpo -una semilla abraza-,
crecidos pechos la llanura,
caricia extensa como esa extremidad
del aire que arrima el puño a cada
curso de aridez.

Basta el contagio
de las manos, su gratuidad, la fiel
presencia cultivada a cada instante
de sudor que transpira y pudre,
y en un retoño inmenso, la herencia
de tantos siglos porfiando un vínculo,
una alianza, con esa mueca
de labor que espiga entre los poros
de la tierra.

Es tan sólo el afecto
de relatar terrones como si
fueran rastros de algún libro, acaso
pulmonares galerías del pan
hecho memoria, identidad
del tiempo entre las lindes de ayer
y siempre, todo huellas
donde parcela el rostro su mirada.

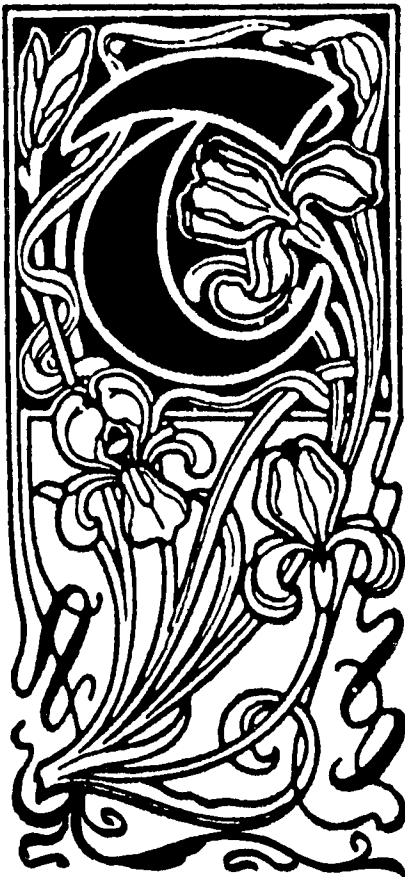
III



ERMOSA luz de crin y polvo
por cuánta reciedumbre de la tierra.
Como a voleo, abriendo calles
entre el murmullo de la oscuridad,
un simple amago de escribir la crónica
del cuerpo, el calendario de esta ingle
sin transparencia, todo el brío
con que renace el muslo de la historia.
¡Ah, qué alambique de fervor
para que el agua escurra hasta los dedos!
¿Por dónde el oleaje no es tan hondo
que disperse los nudos y el contagio
más profundo despida los vislumbres
a otra espera de intimidad sin centro?
Será como una hebilla
de entretejer renglones de la sangre,
su capilar invento, aquí y allá
como ese arroyo, como ese puente
de inadvertidas ondas en el fondo.

"...Ebrios de sequía,
sea la claridad zaguan del alma"

(Claudio Rodríguez)



AN rota está la luz que sólo queda
humo en la azotea. Trilla el silencio
del sol a media parva
y nos sentamos aquí, junto a los haces,
para escanciar el fuego de la vida.
¡Menuda está la cal con esta siega
que hierve en las paredes de la tarde!
También vienen los hombres, todos vienen
ya con la edad madura a recoger
su hacienda como hijos del día,
huéspedes de la salud y el vino
que hay que libar ahora, horca al aire
de paja y otro montón que avienta
el fruto de la serenidad,
la mano uncida a la materia,
igual que un invitado iza
su agradecimiento al pan y en fila
de sacos pone el sudor del atavío.
¡Ah, mirad cómo las calles festejan
con espigas todas las quemaduras
de su aliento! Bajad hasta la plaza
a ver si el mundo enristra ya su voz
y no se apaga el cisco de las eras.
Venid con ansiedad, traed más cántaros
de agua, que no se deshidraten
los terrenos y el tiempo nos esconda
la semilla entre el calor por un
poco de sed que arrecie la ternura.



A tierra aplaza su dolor
junto a la tarde anual de los aperos.
Hemorragia de horcates
desenhebra el pulso a las manceras,
espejismo arrincona bajo el codo
de harneros y guadañas.
Yace ahogada la emoción como un puño
de sangre en rastrojera, rompeolas
de sed por la llanura
o fiebre inactivada, rendida asfixia
del polvo almacenado en el deseo.
Se acuesta ya la luz. Todo es reliquia
desvanecida de los siglos, llave
para el misterio sin sembrar de olvido
y herramienta, resignación exánime
de pulmones y vencejos.
Duerme el llanto. No trabaja la voz.
Traspasa el pecho en campo interrogante
sin nombre ni memoria.




I bastara de pie la lejanía
 para ahorrar un gesto, una pregunta
 aquí, en sus límites recién infatigables;
 por más que atenazara con un susto
 el porvenir tardío entre nosotros,
 no se alquilara en balde la aspereza,
 los repechos por donde sube el sol
 hasta alumbrarnos. Inhóspita de ayer,
 mas nunca firme está la travesía
 de palabras, y el corazón templado
 a cada instante se hospeda en sus rescoldos.
 ¿Quien acaricia a fondo la distancia
 o su ecuánime premura después
 de entre las manos, si un paseo acontece
 que la anchura galopa en su semblante?
 Inercia o polcritud, tal vez desasosiego
 requiebra el horizonte, mientras la bruma
 frágil de las cejas sorprenda
 con vestigios detrás de la mirada.
 No se estrena de sobra ya el cansancio,
 ni nos sacude el viento con mimo
 sus alforjas para orear la vida.
 Un momento sobre la faz donde
 transita el logro y es más facil la voz,
 la cabellera triste que limpia
 los pulmones y extiende la llanura
 hacia ese eterno origen del comienzo
 o la inauguración de la memoria.
 Acaso sólo el tiempo, bárbaro en su histeria,
 recite la nostalgia.

Maximiliano HERNANDEZ MARCOS

RETABLOS DE TOMELLOSO

Año 1.991

FIESTA DE VENDIMIADORES



n ojo es todo aquello que retiene.
Cada cual de sí mismo prisionero,
pupilas aprisionan rubores de llanura
con brillo del color de la utopía.
Los vendimiadores han bebido vino
y magnolias musicales se destiñen
en una guitarra vieja: incontinencia
bajo la luz de los candiles,
impulso de paisaje silencioso,
cuerdas metálicas como lagartos que roncan.

Polvo las alpargatas manchando nido inmenso
de universo de sombras en suspensión salpican.

Esa muchacha morena de la flor en el pelo,
acaso todavía ceremonia de torres,
piensa, ya descorridas las cortinas,
que los años no son una ventana.

Quedan atrás majanos como invasión de piedra,
arados de biselada dentadura
y empieza el baile de los vendimiadores:
mascarones airoso, inquieta luna compartida
con la bella muchacha de la flor en el pelo,
pronunciación sin nombres, ojos que cabrillean
debajo de las jácenas oscuras.

Al fondo los viñedos acarician la tierra.
Euterpe ha salido
desde la sombra.

Honremos esta noche
-Tomelloso sin muertos, un regreso a la infancia-
la fiebre aprisionada en las botellas.

MEMORIA DE UN AMIGO TOMELLOSERO (J.C.)



estrellas romorosas abrirían la noche.
No la tuya.

Ya lentos por la orilla
del pueblo iban bajando con los ojos hundidos
en el camino pálido que no verías nunca.
Contigo avaramente quise yo aquella tarde
beber un vino misericordioso
y ellos ya regresaban de arrojarte a la sombra.

¡Otro más que naufraga!
¿Cuántos, amigos cuántos? De callejas humildes
fuimos ayer descompostura, coronada alegría
y poco a poco vamos goteando
hacia la tierra.

Tus hermanos comentan
que fuiste bueno. No, resulta que no somos
buenos ni malos ni Tomelloso entiende
de purificaciones. Nada más turbio, amigo,
que un desfile de cuerpos sin amor derramados.
Todo lo que nos queda son gestos casuales.

Nadie pudo salvarte. Los cipreses acechan
cada paso distinto:
como cazadores tienen los ojos largos.

Por la orilla del pueblo regresaban. Entonces
-triste carne invadida- Dios retuvo tu nombre.
Era cieno la tarde sobre ribazos húmedos,
marea con vencejos patriarcales,
mortaja de dolor.

Ella te salve,
víctima en la otra orilla de la laguna Estigia.
Ya columbarios como madrigueras
de penumbra te abrieron el infinito círculo.
Ya eres esa verdad que escandaliza.

TOMELLOSO



econozco este árbol aunque ahora sus ramas
otros nidos alberguen,
ribera con maizales como lámparas,
anchos perfiles, días másticados.
El cielo de Tomelloso refleja torres duras
con lenguas largas de sabiduría,
viejo sillón airoso, mosto santísimo
vomitando en orillas sentimientos paganos,
la flor de la culebra, los viñedos
-sacramento manchego- de horizontes adustos.
Mudo avanza conmigo.
Dentro escucho el barrito de su trompa calcárea,
tumulto de murallas ascendentes
soportando en los lomos soldaduras de sangre.
Amo enhiestas callejas con heridas
que nunca cicatrizan,
la ternura evangélica de las palomas bravas,
escudos soñolientos, llanuras apacibles
donde no existen formas de violencia.
Amo palabras viejas como helados riachuelos,
la burra parlanchina de un Balaán gitano,
tierra dura o conciencia femenina
de vino generoso.
Y os amo, amigos míos, honestos campesinos
bajo cruces de piedra que la lluvia envejece.

Manuel TERRIN BENAVIDES

"CATARATAS de fuego me obsesionan.
Amanecen llanuras y sarmientos."

V. Arteaga



a aurora despereza el horizonte,
se santigua la luz en las fachadas
de blanca geometría. Nace el día
cuando afinan los pajaros sus cítaras.
Los ojos, deslumbrados, no se atreven
a contemplar el cielo arrebolado
en esta tensa hora de cuerpos jadeantes.
Dios pinta sobre arcilla melancólica
acuarelas de lunas y azahares
y desnuda su espalda pudorosa
en un rito de espliego y malvasía.

Esta Mancha de cardos resignados
nos regala también flores de un día,
solemnes madrigales de azafrán
cual tapiz de violáceas mariposas
unciendo el corazón y los terrones,
la esperanza y el verbo serenísimo
de un rezo de novicias sobre el surco
que sueña con que el cielo le regale
la ofrenda generosa de sus lágrimas.

Al adentrarme ahora en tus raíces
me gritas desde el fondo de tu entraña
una verdad de sal y desamparo
que acosa tu esperanza desmayada.
La luz de tus caderas nos invita
a coronar tus sienes de jacintos,
doncella casta y núbil en el lujo,
en las suaves mejillas de tus verdes majuelos
turgentes de racimos oferentes.
Fueron muchas las manos que labraron
tus pechos de nodriza que alimentan
la esperanza reseca de los niños.
Eras zagala montaraz y esquiva
que resquebraja en aridez doliente
sus mejillas de greda tan sedienta.

Y eres mendiga de ración de amores
cuando indigentes manos ateridas
pordiosean el jugo de aceitunas
entre el mordisco de la terca helada.
Y eres tolva de añejos ideales
en el blanco velero del molino
donde vierten costales tus poetas
de versos incendiados de deseos,
besándote en el centro de tu boca
para poblar sus ojos de infinito.

Déjame que proclame tu ser irrepitable
de diosa campesina sin afeites,
cuando luces tu rostro de manzana silvestre
detrás de siderales ocasos del estío;
cuando estalla en burbujas, allá por San Andrés
el vino encabritado entre los labios
como un orgasmo nuevo sin final.
Cuando el tiempo viajero renueva la costumbre
en la cocina de emociones viejas,
del caldero humeante pendiente de las llares
y oficia el viejo rito el cazo generoso
al repartir las migas, tiznao o caldereta;
cuando perros hambrientos pregonan en la noche
con lánguidos ladridos el éxodo del pueblo
y el abuelo arrugado y tembloroso
bajo la verde sombra de la parra,
con su blusa y su boina deslucidas
rumia su soledad, espesa y honda,
añorando en el fiel de la memoria
aquella Maritornes de muslos apretados
que le entregó su amor allá en la era
mientras julio escanciaba sus canciones
bajo el cómplice gesto de la luna.

Queremos recorrerte coronada
de luz y de laurel, de poesía,
no incierta cenicienta en carroza fugaz,
sino diosa esculpida en resplandores
de salmodias preñadas de cosechas.
Y la danza jovial que los tractores
taconean de gozo entre las mieses
sin olvidos, barreras ni distancias.

Te queremos soñas como una novia
que luzca por su frente la diadema
del astral matrimonio de la dicha,
geranios en el sur de las fachadas
allí donde construyen ilusiones
de miel y de espadañas los vencejos.
Anhelamos la altura de tu savia más íntima
en el árbol fecundo de frondoso ramaje

que cobije en sus ramas a los hombres
ataviando su rostro de arcoiris,
el corazón izado en lo más alto,
meridional el beso, firme el canto
sobre la plenitud de tus altares.

Aquí, bajo este templo de la manchega noche
queremos proscribir tus soledades
para que el cielo azul como una holtenia,
rojiza pedrería, racimos de luceros
disipen cualquier sombra exhausta de ternura.
Aquí bajo esta bóveda de estrellas engarzadas
queremos que los ojos se emborrachen
de heliotropos, topacios, turmalinas
con la pasión brincando de contento,
las manos en urdimbres y trampas de la entrega
sellada por los besos de corolas
y el pecho adolescente de ilusiones.

Luis GARCIA PEREZ



"Diluvial geografía, Acerico quemado, Ah, dorada costura..
Sólo un árbol enhebra la tela de la tarde"

V. Arteaga

I



leamar de silencio, mar de asombro.
Surge un clamor de pájaros, corolas
de miel, tabaco y grana en los umbrales
de una verdad azul que pestañea
el chorro de la luz amplia bermeja
del horizonte ya desperezado.

Los rosales dormitan en el quicio del alba
en su lenta molicie de arrebol y rocío.

Nos desvela sus senos de diosa campesina
esta agrietada arcilla, áspera piel sedienta
herida por el sol como calambre
del recental efebo en llamarada
que preña los alcores con beso
de doliente liliturgia cada aurora.
La tierra parpadea
cual cierva concebida
en su núbil regazo, ya dispuesto
para el encuentro en tálamo de lluvia.

Rezan sus oraciones las ovejas
como blancas novicias a maitines
y un ebrio girasol voluptuoso
estiliza su danza por el llano.

Taconean tractores los caminos,
estalla un orfeón de resplandores
en las manos de Dios cada mañana
y un cardo hostil, muy sibilinamente,
acribilla los sueños de los hombres
en esta Mancha de ilusiones rotas.

Desgrana una campana su salmodia
en alas de la brisa. Los vencejos
sobrevuelan los ripios del arado
para la ceremonia de la espera.

II



Immensa soledad, cetro de fuego,
redonda sed de cal, hondo silencio,
caminos polvorientos: mediodía.
Es la ascensión del día incontenible
y vuelca el sol su ingente poderío
de canícula azul estremecida
sobre el rostro doliente del paisaje.

No suplicas las flores para un día
de poetas galantes que te rondan
por molinos cardenchas y llanuras
sin penetrar tu aliento dolorido,
la ascética mirada de tu esencia
que reclama el amor sin utopías.

Pariendo está el rastrojo sus gavillas,
mientras el sol desciende como un rito
signando de sudores la frente labradora.
El tiempo precipita las arrugas
sobre tu piel morena y desvalida
que viene a liberarnos el otoño
con el potro cerril del vino nuevo
cual sangre y poderío de panteras en celo.

Geranieos en tus labios y pupilas
de patios que refrescan como bálsamo
en las siestas sagradas, siderales
cuando las calles son páginas blancas
pariendo soledad desvencijada.

La bóveda es el cenit, selva en llamas
para ataviar la frente de relámpagos
y alimentar los ojos de esperanza
que se arrodilla en medio del cansancio
y un silencio de música girando
en torno de tu cenit ignorado
que sueña seguidillas desde un fondo de siglos
con tramontanas blancas de palomas.



esvaneció la tarde sus vidrieras,
 íntimas acuarelas vespertinas
 y ántaros de sombras pertinaces
 se adentran por humanas galerías.
 La noche es un misterio reverente,
 un cúmulo de exilios sin respuesta,
 un repicar de grillos, cucarachas
 surcándonos la piel de los deseos
 por esta Mancha nunca redimida.

Quando la noche tiende sus negros tafetanes
 la amargura se ciñe a la mirada
 como una torva nube de abandono
 sobre el destino incierto de los niños,
 sobre los tristes ojos de los pobres,
 mientras a la intemperie del olvido
 se marchitan luceros en los rostros
 y se nos mustian lúdicas sonrisas.

Bajo esta noche antigua nadie encuentra
 las frutales ojivas, rojiza pedrería,
 un racimo de estrellas que exilie la tristeza
 en los ojos exhaustos de alegría.
 Aquí, bajo esta noche de párpados en vela,
 entre los laberintos de niebla e hipogeos
 no rezuma la savia que redima las manos
 ateridas de gris indiferencia
 mendigando aceitunas en el filo
 de la lívida escarcha del invierno.

Aquí, sobre el hastío de cuerpos jadeantes
 la soledad taladra la memoria,
 pordiosean los hombres el abrazo
 y sobra la oquedad de las palabras.

Se desmaya una flor y lloran niños.
 Imposible abrazar la jubilosa música
 del cantueso gozoso que se vuelca
 sobre el atril de las rendidas horas
 para exigirle al centro de la manchega noche
 un corazón de lluvia y de cerezas.

Luis GARCIA PEREZ

ES DE NOCHE EN ALMAGRO Y EN SU PLAZA

Año 1.994

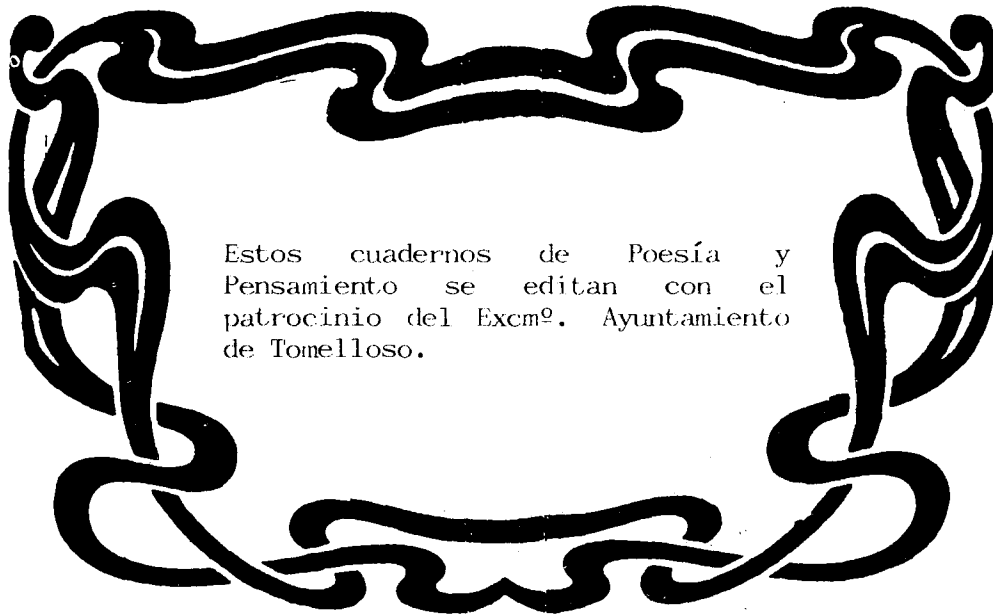


s de noche en Almagro y en su plaza
-al par que en el Corral rima y concepto
esgriman su flirteo entre la trama-
sobre el vario telón del toma y daca
que el verbo confecciona corro a corro,
en torno al velador o cabe el banco,
por sobre el cañamazo que el silencio
como base tendiera hace un momento
se juegan, hombre a hombre, cual, seguro,
en tantos otros puntos de este mundo,
a flor de piel, el texto no concluso,
tragedia, farsa, drama y bufonada,
distinto mas parejo éste de fuera
tablado nocherniego al de allá dentro.
Con pulso similar al que en escena
a rítmico compás conduce el verso
en esta embocadura ciudadana
aguardan entre cajas sus entradas,
la réplica dispuesta para el pie,
la lágrima y el ansia, la confianza,
la risa, el sufrimiento, la destreza,
el miedo, la fortuna, la desgracia...
en frágil certidumbre ahí se afirma
al vuelo de su empeño una ilusión,
más allá, sin embargo, rompe un sueño
la cruda realidad del desengaño;
en el falso proscenio que conforman
permiten convivir los soportales
el donoso templar con que el ingenio
se pasa los peligros por la faja
y el bronco regoldar del exabrupto;
sobre el foro que ahorna el jardinillo
su enredo indiferentes representan,
cual extraños, la rabia y el contento

en tanto que a la luz de la farola
acogen sentimientos encontrados
aquel que el goce del encuentro alcanza
y el que de ausencias su esperanza llaga.
Es de noche en Almagro y justo ahora,
regidor impaciente, da el reloj
el aviso sonoro de la media;
cogido por sorpresa alza la vista
quien, sin duda cual parte de la pieza,
el rol de espectador está jugando
y en el aire que apenas se delata
retorna por costumbre a preguntarse
si el flujo de la vida, discontinuo,
avanza o retrocede con el tiempo,
si es justo testimonio de su esencia
la huella de su paso entre las gentes...
las múltiples cuestiones que de siempre
se viene planteando a cada rato
al hilo del ovillo que elabora
en uno y otro lado del espejo
la lidia de la muerte con la vida.
Es de noche en Almagro y en su plaza
de nuevo la función vuelve a empezar.

José Angel GARCIA GARCIA





Estos cuadernos de Poesía y
Pensamiento se editan con el
patrocinio del Excm^o. Ayuntamiento
de Tomelloso.

4

